

BIBLIOTECA ALMERIENSE

Dirigida por F. Castro Guisasola

TOMO II.

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ALMERIENSES
CON
INDICACIONES BIO-BIBLIOGRÁFICAS



ALMERÍA

Imprenta BELVER - Regocijos, 42.

1935

ANTOLOGÍA DE
POETAS ALMERIENSES

ESTA OBRA NO
SE PUEDE

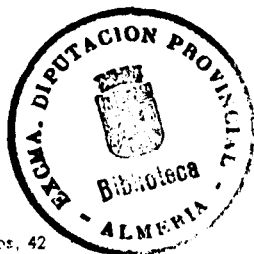
BIBLIOTECA ALMERIENSE

Dirigida por F. Castro Guisasola

TOMO II.

R - 2643-A

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ALMERIENSES
CON
INDICACIONES BIO-BIBLIOGRÁFICAS



ALMERÍA

Imprenta BELVER - Regocijos, 42

1935

ADVERTENCIA LIMINAR

El sensible desconocimiento que las generaciones jóvenes tienen de las producciones literarias de sus mayores, por la rareza bibliográfica de estas y la parquedad de los encomios prodigados a sus autores, ha puesto entre nuestros dedos la pluma, aspirando a propalar— como es debido—los nombres y sobre todo las obras de los ilustres cultivadores de las letras en esta comarca, a fin de estimular con su recuerdo y con su ejemplo a los noveles estudiosos.

No se nos oculta lo espinoso de tal empeño, pues, si—como reza el adagio—hay tantos pareceres como personas, respecto a gustos su número es infinito, variando a cada momento aun en una misma persona.

Conscientes de esta disconformidad y versatilidad de opiniones y de estimaciones, no pretendemos asentar que los escritores aquí reseñados son todos y solamente ellos los mejores poetas de

Almería, pero si creemos que son de los principales o—a lo menos—de los más afamados y significativos; y reconocemos lealmente que en toda selección son inevitables—o por ignorancia o por olvido o simplemente por disparidad de gustos y de criterios—pretericiones gravísimas, que seguramente habrá también en el presente florilegio, para las cuales por ser involuntarias solicitamos una amplísima indulgencia.

Se ha acrecentado la dificultad de nuestra tarea por lo incompleto de nuestras bibliotecas públicas y por la penuria de precedentes útiles, ya que sólo merecen citarse como tales dos o tres trabajos: el de Don Plácido Langle, *Escritores almerienses, bocetos biográficos* (Almería, 1881-82); los dos volúmenes de Don Francisco Cuenca, *Biblioteca de autores andaluces modernos y contemporáneos* (La Habana, 1921-25); y los *Apuntes para un índice de hijos ilustres de Almería y su provincia* (noticias biográficas) por Don Joaquín Santisteban y Delgado y Don Miguel Flores González-Grano de Oro (Almería, 1926).

Nuestro excelente amigo D. Juan Antonio Martínez de Castro (quien para algunos puntos de la presente obrita nos ha prestado valiosísima ayuda, que desde aquí cordialmente agradecemos) comenzó la publicación de *Algunas papeletas incompletas para la bibliografía almeriense* en la «Revista de la Sociedad de Estudios Almerienses», 1918, pero desgraciadamente se detuvo en los umbrales.

En esta antología nos hemos limitado a los poetas cristianos, porque de los árabigo-almerienses proyectamos ocuparnos muy en breve en un trabajo sobre los escritores musulmanes de Almería.

Abarcamos tan solo los siglos XIX y XX, porque durante las centurias anteriores la poesía en Almería apenas se cultivó, como no fuera esporádicamente, y es difícil señalar otros poetas que Don Gutierre Marqués de Careaga en el siglo XVII y el Licenciado oriundo de Almería Don Juan Antonio de Benavides en el XVIII, uno y otro juristas sobre todo.

Por un respeto—tal vez exagerado—a la verdad, solo hemos incluido poetas

ciertamente almerienses, dejando aparte no sin sentimiento a varios hijos adoptivos de Almería, dignos por cierto de mención y que aquí han pasado la flor de su vida y han producido sus más sazonados frutos, pero que han nacido en otras comarcas: tales son principalmente Don Francisco Javier de León Bendicho, Don Antonio Rubio Gómez, la poetisa Ana María Franco y Ladrón de Guevara, Don Fermín Gil de Aincildegui y actualmente nuestro querido amigo Don David Esteban Gómez.

Ni que decir tiene que almerienses son por derecho propio todos los hijos de la provincia de Almería (y no tan solo los de la capital), y así incluimos poetas de Adra (como Sierra Valenzuela), Cuevas del Almanzora (Martínez Álvarez de Sotomayor y Molina Valero), Dalías (Baltasar Lirola y Jiménez Lamar), Fondón (Martín del Rey), Laujar (Villaespesa y Peralta Valdivia), Vélez-Rubio (Palanques Ayén), Vícar (Fernández Álvarez), etc., no insertando de otros sitios, v. gr. de Tabernas (cuna de los poetas Don Juan Berver Llamas y

Don Santiago Fernández Delgado, porque sus naturales, si rindieron culto a las Musas, lo hicieron diseminadamente en revistas y periódicos más o menos efimeros y locales sin llegar a cristalizar en un libro, a lo menos, que sepamos.

Por esta misma razón quedan fuera del restringido marco de este florilegio las ilustres poetisas D.^a María Galán de Esteban, de Fiñana, D.^a Aurora Cánovas, D.^a Dolores de Tovar y Yanguas, y algunas más.

Para concluir. En las notas bio-bibliográficas casi nunca hemos querido emitir nuestro juicio personal sobre las elucubraciones y valor de cada literato, tanto por no fiarnos suficientemente de nuestra individual apreciación, como por no ser indispensable para el fin que hoy perseguimos, que es únicamente—como queda indicado—informar sobre la labor y la época de cada poeta, marcando aquellos jalones de su actuación que permitan—a quien se sienta con fuerzas—estudiarlo más a conciencia, profundizado en su vida y en sus obras.

Mas, si alguno de nuestros lectores,

espoledo por la curiosidad o anheloso de orientación, insistiese en querer saber qué poetas merecen ser destacados y con qué otras figuras egregias de la literatura española contemporánea pudieran tener puntos de contacto; aunque ello sea tan aventurado, como al principio advertimos, consignaremos que—según la opinión más generalizada—entre los más conspicuos poetas almerienses deben considerarse—a más de algunos otros—los que siguen: Don Baltasar Lirola, cuyas bien cinceladas octavas reales evocan las de Espronceda, no menos clásicas por la forma y románticas en cuanto a la inspiración; Rada y Delgado (Don Juan de Dios), patriota y erudito a la manera de Quintana; Don Enrique de Sierra y Valenzuela, de estro multiforme aunque tierno y florido a estilo de Selgas; Langle (Don Plácido), escultural y mayestático al modo de su amigo y patrocinador Núñez de Arce; Don Antonio Ledesma, espíritu razonador y filosófico como Campoamor, cuyos *Pequeños Poemas* emula; Aquino Cabrera, poeta sentimental y prosista delicado, oficin-

ta público como Bécquer; Durbán Orozco, el vate doliente y galante, mezcla de Balart y de Rubén Darío; el tan aclamado como combatido D. Francisco Villaespesa, enamorado de lo oriental y de Granada como el cantor de Granada y de las orientales D. José Zorrilla; y en fin, por no alargar excesivamente la cuenta, D. José Martínez Alvarez de Sotomayor, el celebrado poeta regional, parangonado con Gabriel y Galán no sin fundamento.

Si estas estimaciones y conexiones— un tanto pretenciosas aunque generalmente aceptadas sin graves reparos— se atemperan o no a la realidad, nuestros lectores lo apreciarán por sí mismos y a su fallo benévolo e imparcial supeditamos ahora el nuestro.

Don Baltasar Lirola Arqueros

Nacido en Dalías el 5 de enero de 1798, estudió Filosofía y Teología en el Seminario del Sacromonte de Granada, donde ingresó en 1813, doctorándose de ambas facultades en la Universidad de Orihuela en 1816, apenas cumplidos los 18 años. En 1830 ganó por oposición la Canongía Lectoral de Guadix, pero renunció dicha prebenda para posesionarse en 1831 de una Canongía en la Colegiata del Sacromonte, de cuyo colegio fué después Rector, falleciendo allí en diciembre de 1849.

Eminente orador sagrado, exquisito literato, colaborador asiduo de revistas y periódicos, profesor y bibliófilo notable y gran aficionado a las Bellas Artes, como lo testimoniaron algunas apreciables pinturas suyas, distinguióse como poeta, sobresaliendo entre sus composiciones la titulada «Sierra Nevada», que redactó muy poco antes de morir presagiando en ella su fin próximo, por lo cual su discípulo don Juan Valera (*Flo-
rilegio de poesías castellanas del siglo XIX*,

Madrid, 1904, t. V, pág. 280) y antes de él D. José de Ramos López (*El Sacro-Monte*, Madrid, 1886, pág. 176) la calificaron de «corona de siemprevivas, que sin saberlo labró él para adornar su tumba». Alarcón en *La Alpujarra* (Madrid, 1873, parte 6.^a, capítulo IV) insertó algunos de sus versos «llenos de poesía sencilla, natural, legítima, como las flores del campo». Una ligera nota biográfica de don Baltasar (no D. Gaspar, como distraídamente escribió Picatoste en *Descripción de la provincia de Almería*, Madrid, 1904, pág. 74 y 121) vió la luz en 1859 en la *Topografía médica y estadística de la villa de Dalías* de D. Manuel Rodríguez Carreño.

SIERRA NEVADA

Por fin te ví, magnífico portento
Que la gloria de Dios al mundo cantas,
Llevando tu cabeza al Firmamento
Y al hondo Abismo las marmóreas plantas.
Pasmóse mi atrevido pensamiento
Al verme en tus picachos que levantas
Circundados de nubes y vapores,
Teñidos de fantásticos colores.

Por fin te ví de cerca, yo que un día,
Sierra Nevada, te admiré de lejos,
Cuando ansiaba mi ardiente fantasía
Tu nieve penetrar y tus reflejos;
El deseo de ver me consumía
Tu ceñidor de robles y de tejos
Y gozar en tus valles y tu sima
Otra luz, otro ambiente y otro clima.

Por fin lo conseguí... ¡Cual palpitaba,
Ya próximo a saciar este apetito,
La senda al escalar que serpeaba
Por laderas de jaspes y de granitos
De terror y de asombro me llenaba,
Mi mente se perdía en lo infinito
Contemplando el poder que hizo la Sierra

Cual gigante atalaya de la Tierra.

¡Oh! ¡Cómo el pensamiento se engrandece
Marchando por la senda solitaria
Aquí el espino o la aulaga crece,
Allí la fuerte encina centenaria;
Más allá el sáuce silbador florece
Junto a la desmedrada parietaria,
Que a las piedras asida multiplica
Y el arroyo al saltar moja ó salpica.

A un lado el espantoso precipicio
La muerte en el abismo nos retrata,
Y con mugiente atronador bullicio
Á otro lado la inmensa catarata
Que arranca los peñascos de su quicio
Y al Sol esparce ráfagas de plata;
Y cayendo al barranco entre la bruma
En nieve se transforma y en espuma.
Altísimos castaños la rodean;
La oropéndola allí cuelga su nido;
Las parleras urracas picotean
El fruto en sus espinos guarecido;
Por encima las águilas otean,
Y los cuervos repiten su graznido,
Y bandadas de tórtolas azules
Arrullan en madroños y abedules.

La cabra montaraz pasa saltando
Los bosques, las malezas o el torrente;

En un puntal la cierva rebramando
Al ciervo llama de ramosa frente;
El jabalí de su cubil saltando
En los troncos afila el blanco diente;
Y al aullido del lobo, allá á lo lejos,
Los gamos tiemblan y huyen los conejos.

Los mil insectos que en el aire zumban,
Los mil reptiles que alimenta el suelo,
Las mil cascadas que al saltar retumban,
Los mil colores que refleja el Cielo,
Los vientos que los árboles derrumban,
De las neblinas el ligero velo,
Forman esa magnífica belleza
Que recibió de Dios Naturaleza.

Mi alma también atónita y pasmada
Al contemplar tu fuerza creadora
Te saluda, Señor, desde la nada
Y reverente tu poder adora;
La gloria donde quiera te sea dada,
De donde muere el sol hasta la aurora;
La alabanza, el honor á Tí tan solo
Desde un polo, Señor, al otro polo.

Mas ya se enrisca el áspero sendero
Y se corta tal vez... tal vez se pierde;
Nada ve el atrevido viajero
Que la escena pasada le recuerde;
Ni tórtolas, ni ve gamo ligero,

Ni árbol frondoso ve, ni yerba verde;
Y donde quiera que su planta toca,
Siempre pisa en la nieve ó en la roca.

Hondísimos barrancos y mesetas,
Torrentes y cascadas infinitas,
Algún arbusto seco entre las grietas,
Sulfúreas y metálicas piritas,
Jaspes pintados con ligeras vetas
De color y labores exquisitas,
Tajos elevadísimos cortados
Como plata o cristal pulimentados.

De la Sierra tal es el triste aspecto
Al alejarse de su verde falda
Y al caminar con paso circunspecto
Sobre su resbalosa húmeda espalda.
Pero ¿qué humano artista ó arquitecto
Pudo jamás hacer una guirnalda
De nieve y luz, inmensa y esplendente
Cual la que adorna tu terrible frente?

Sublime es de aquel sitio en la aspereza
Sentarse en el silencio más profundo
Y apoyando en las manos la cabeza
Olvidar los pesares de este mundo,
Ante la fiera y colosal grandeza
De un paraje en horrores tan fecundo,
Que ocupa el pensamiento y la memoria,
Con los recuerdos de sangrienta historia.

Allí el ardiente natural deseo
De libertad y de mejor fortuna,
Dió a los moriscos funeral empleo;
Sin grandes medios ni esperanza alguna,
Quisieron levantar nuevo trofeo
A la siempre vencida media luna,
Y sin temer las armas del más fuerte
Gritar osaron: ¡Libertad ó muerte!

Gritos valientes y a la par terribles
En el alto Veleta resonaron.

Las cien lenguas alógeras, movibles
De la Fama, á Granada los llevaron;
Á estos ecos de guerra aborrecibles
Las torres de la Alhambra retemblaron,
Y esperaron alegres con fe ciega
Moros del Albaicín y de la Vega.

¡Menguada fe que desmintió el suceso
Y tanta sangre derramar debía!

¡Poder fatal el que con tanto exceso
Á los tristes moriscos oprimía,
De atroz esclavitud doblando el pesol

¡Y día miserable, aciago día
En que negando la cristiana ley
Quisieron nuevo Dios y nuevo rey!

Misero Aben-Humeya ¿qué ambiciones?
De reyes moros descendiente fiero,
¿Por qué en la rebelión buscas coronas

De mano del ladrón, del bandolero?
La nobleza acabó de que blasonas,
Pues faltaste á la fe de caballero
Y te acogiste a la Nevada Sierra
Cual malhechor para mover la guerra.

Allí acudió para empezar la liza,
Mal armada, sin orden y sin tino,
Gran multitud de gente allegadiza
Que del saqueo esperanzada vino;
La tierra destruyó, y en su ojeriza
Contra todo lo santo y lo divino,
Degolló niños y violó mujeres,
Incendió templos y abolió deberes.

Mas pronto del ejército cristiano
La fuerza presentóse, frente a frente;
En mil encuentros el furor insano
La sangre derramó como un torrente;
Aben-Humeya, inepto soberano,
Cayó al fin, despreciado de su gente,
Y acabó su existencia y sus afanes
Á manos de sus mismos capitanes.

Hay una cueva cenagosa, impura,
Bajo el Muley-Hassen siempre nevado,
Donde dicen que está la sepultura
Del rey de la Alpujarra desdichado.
En altas horas de la noche oscura
Se aparece tal vez de acero armado

Negros la espesa barba y el cabello,
Y el vil dogal en derredor del cuello.

Así lo dicen tímidos pastores
Que al rayo de la luna lo observaron,
Y lo afirman valientes cazadores
Que su gemido fúnebre escucharon;
Y aún hay quien cuenta, exagerando ho-
[rrores,

Que al pasar, sus vestidos le rozaron,
Y espeluznado se mantuvo quedo
Casi mortal por el asombro y miedo.

Estos cuentos tal vez son ilusiones
De la atemorizada fantasía,
Ó tal vez son antiguas tradiciones
Que del tiempo alteró la lejanía;
¿Y quién sabe? ¿Se dan fuertes razones,
Las ha dado algún sabio hasta este día
Para probar como evidente o cierto
Que no puede volver al mundo un muerto?

Y no se ve doquiera más que nieve
Que cubre los caminos y senderos:
El pie vacila y con temor se mueve
Al borde de profundos ventisqueros;
Ya hasta la cima la distancia es breve,
Y aunque no pueden ir los pies ligeros,
Pronto se toca al fin la ansiada meta
Al llegar a la cumbre del Veleta.

Salud, pico sublime... que anhelante
Tanto ansió por gozar el alma mía,
Que brillas engastado cual diamante
En la joya mejor de Andalucía,
Y tu nieve en raudal refrigerante
La lleva la abundancia y la alegría.
Salud una vez más y otras y ciento,
Gloria de España, espléndido portento.

¡Ahl Dejadme, deseos y cuidados,
Dejadme que tranquilo aquí respire
Estos aires purísimos, delgados,
Y que de Dios la omnipotencia admire;
Dejadme que estos picos elevados,
Una vez y cien mil, pasmado mire,
Dejadme que disfrute de la vida
Con que el ambiente plácido convida.

¡Cómo se eleva el alma y todo el hombre
Ante tan esplendente panorama,
Tantas bellezas viendo, aunque sin nombre,
Del sol de Julio a la encendida llamas
Y porque más se admire y más se asombre,
Bajo sus pies el trueno que rebrama
Y una masa de nieve blanca y pura
De mil varas, lo menos, en altura.

Al pie de esta pirámide de hielo,
Que vió del mundo los primeros años,
La Alpujarra se extiende de agrio suelo

Y sus pueblos, cercados de castaños,
Cuelgan entre el abismo y entre el Cielo
Sin temor de peligros ni de daños,
Siendo los moradores de la Sierra
Dulces en paz, terribles en la guerra.

Allí nacen las fuentes a millares,
Allí saltan cien ríos cristalinos,
Allí hay lagos, azules como mares,
Circundados de robles y de pinos;
Allí está la laguna de Vah-Kares
Donde se juntan brujas y adivinos,
De la que cuentan fúnebres consejas
Susto de los muchachos y las viejas.

Dirigiendo a lo lejos la mirada
Otro cuadro preséntase más bello:
La existencia del mar ilimitada
Del divino poder limpio destello;
La mente a lo infinito transportada
De la mano de Dios conoce el sello,
Viendo ante sí, de pronto y en un punto,
De tantas maravillas el conjunto.

El Atlántico mar al occidente,
El mar Mediterráneo al mediodía,
Y en la morisca tierra que está enfrente
Las crestas de la inculta Berbería;
Al norte una llanura reluciente
Con blancos pueblos, flores y armonía,

Y cual reina de Oriente recostada
À su derecha la sin par Granada.

Granada, la sultana de las flores,
Con su manto de rosas carmesíes,
Donde juegan riendo los amores
Entre nardos, claveles y ahelfes,
Donde aún suenan las fiestas y clamores
De los Abencerrajes y Zegríes,
Cuando danzando en bulliciosa zambra
Placeres respiraban en la Alhambra.

Cuando galantes ó amorosos fines
Ostentaban en justas y torneos,
Ó del Generalife en los jardines
Encontraban el premio á sus deseos;
El perfume de rosas y jazmines
Allí excitan amantes devaneos,
Y aún guardan los cipreses la memoria
De una Sultana y su amorosa historia.

Debajo corre el Dauro envanecido
Con el oro que llevan sus arenas,
Murmurando con plácido ruido
Ya suspiros de amor ó ya de penas;
En sus linfas con vago colorido
De la Alhambra se pintan las almenas,
Y él corriendo entre cármes y verde
Llega al fin al Genil donde se pierde.

Porque todo se pierde y se consuma

En el mundo falaz, perecedero.
Vuela la gloria como leve pluma
En las alas del tiempo pasajero;
Se acaba la belleza cual la espuma
De un niño al sople tímido y ligero;
Polvo es, en fin, y nada la existencia,
El poder, las riquezas y la ciencia.

Mas tú Sierra Nevada, desafiás
Este poder del tiempo y lo resistés:
Pues al nacer el mundo tú nacías,
Y tras de tantos siglos aún existés;
¡Cuántas mudanzas en tan largos días!
¡Cuántas ruinas y sucesos tristes!
Habrás visto pasar como aquilones
Por los hombres, los pueblos y naciones!

Á pesar de esa vida sin segunda
También tú acabarás, Sierra Nevada,
En el día que todo se confunda
Y vuelva el mundo a su primera nada;
En que el fuego voraz consume y funda
Cuanta materia fué por Dios creada,
Igualmente lo antiguo y lo moderno,
Porque tan solo Dios es El Eterno.

Pero el sol revolviéndose en la esfera
Se inclina ya á bajar á otro hemisferio.
De Guarnón el barranco nos espera
Para darnos abrigo y refrigerio,

Y es fuerza abandonar tu cima fiera,
Sierra más bella que el mejor imperio,
Y guarecernos, en la noche fría,
De las heladas que tu seno cría.

Adiós... Adiós, magnífico Veleta,
De nieves y vapores circūido,
Como está el solitario anacoreta
De su sayo parduzco revestido;
Que tus glorias entone otro poeta,
Yo de tanto admirar estoy rendido,
Y á la impresión sublime me abandono
De haber llegado á tu imponente trono.

Nieves, adiós... y tempestad y truenos.
No me veréis ya más, que la corriente
De mi vida, volando huye sin frenos,
Y ya su fin el corazón presiente.
¿Y es tan triste morir?... Yo por lo menos
Podré morir en paz tranquilamente
Sin que la vida compasión implore...
¡Ayl no tengo en el mundo quien me llore...

Don Mariano Alvarez Robles

Afamado periodista y poeta lírico y dramático nacido en Almería en los primeros años del siglo XIX y fallecido en la misma ciudad el 4 de Agosto de 1908. Polemista por vocación, fundó hacia el año 1835 *El Pensil*, primer semanario de Almería suprimido por orden gubernativa, al cual substituyó a poco *El Cascajar* y después *El Carídemo*, tras de los cuales vieron más tarde la luz *La Campana de la Vela* y *El Progreso*, periódicos todos en que desfogó su combativa pluma el Sr. Alvarez Robles. Introducido en la política, militó en el partido radical, llegando a conseguir algunos cargos, señaladamente el de alcalde, retirándose luego a regentar la librería e imprenta propias, con las cuales consiguió algún bienestar, aunque transitoriamente, pues acabó sus días en suma pobreza. Vate declamatorio y patético popularizó por medio de su imprenta muchas de sus poesías, como la leyenda titulada *La flor marchita*, y dió a la publicidad varias

piezas escénicas, por ejemplo, el cuadro dramático *Vengar con sangre una ofensa*, el drama en dos actos y en verso *María* (Almería, 1848) y algunos otros. Finalmente en colaboración con el compositor almeriense Pedro Orihuela escribió la opereta andaluza *El Sol de Sevilla*.

AL DOS DE MAYO

(ESTANCIAS)

El Dos de Mayo con su sol hermoso
doró las torres de la heroica villa,
y el León altivo abandonó el reposo,
que no sufriera en su valor mancilla.

El vil usurpador, terror de Europa,
nuestra patria ocupó por el engaño;
eran más de cien mil... guerrera tropa
aquí encontró para su tumba paño.

Eran las nueve, y el audaz guerrero,
que a los infantes respetó en palacio,
los quiso desterrar... el fuerte acero
el pueblo empuña y le gritó: «¡Despaciol»

Los nietos de Fernando sin consuelo
como niños lloraban ¡se han salvado!
rodaron los tiranos por el suelo
y el déspota Murat se vió burlado.

Una horrible descarga esparce el luto;
 el pueblo en dispersión clamó: «¡Vengan-
 [za!»

el tiempo no pasó que en un minuto
 se bate fuerte con espada y lanza.

«¡Plaza, extranjeros!» con furor grita-
 [ban;
 y a cada golpe en el combate rudo
 los héroes de Marengo se quedaban
 la vista fija y el semblante mudo.

Murat huyó espantado; pero luego
 la disciplina obró: huestes guerreras
 entre las voces de exterminio y fuego
 acometieron cual hambrientas fieras.

La lucha es desigual; el pueblo ceja,
 que no le auxilia el español soldado;
 «¿cómo quieres, responde, te proteja,
 si una mano traidora le ha encerrado?»

Velarde sucumbió, la sien orlada;
 y Daoiz le siguió; ¡terrible suerte,
 ir a tocar la libertad sagrada
 y atravesarse sin piedad la Muerte!

El pueblo, sin embargo, no se asombra;

en combate parcial la sangre corre
y el suelo cubre como roja alfombra;
que nadie al español, nadie socorre.

Los traidores las calles recorriendo
les ofrecen unión, paz y ventura:
entonces los valientes van cediendo...
¡y en vez de paz les dieron sepultura!

Les engañaron vil, traidoramente...
Los que se alzaron contra el torpe yugo
tuvieron que bajar la altiva frente,
orlada de laurel, ante el verdugo.

Tañona iniquidad en movimiento
pusiera al resto de la madre España:
Asturias lanzó el grito, y a su acento
respondió la ciudad con la cabaña.

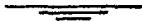
Y la España triunfó; y el vil tirano,
que esclavizarla quiso en su osadía,
oculto el rostro en la sangrienta mano
a sus valientes tropas maldecía.

¡Gloria a los libres, que el sepulcro encie-
Ellos sus frentes de laurel orlaron; [rral
y en las plazas, en campos y en la sierra

al extranjero imbécil destrozaron.

¡Gloria al valiente, que al perder la vida
por libertar al oprimido Iberio,
al Águila causó tan grande herida
que por allí se desangró el Imperio!

(Del drama *María*)



D. Juan de Mata García Guisado

Prestigioso hijo de Almería, nacido el 9 de febrero de 1812 y fallecido en la misma ciudad. Abogado de los tribunales del reino, Síndico del Excmo. Ayuntamiento de su ciudad natal y Socio de número de la Sociedad Económica de Amigos del País de Almería, publicó en 1844 *«La nave de gracia»*, crónica en verso de la aparición y los milagros de María Santísima del Mar, Patrona principalísima de la ciudad de Almería y sus arrabales». También dió a luz una *Urbanidad*, que logró excepcional difusión, y en 1867 redactó y entregó a la publicidad una *Proposición sobre el ferrocarril de Granada, Guadix*

y Almería, aprobada en Cabildo extraordinario por la Corporación Municipal, y un luminoso informe sobre el impuesto y registro de hipotecas y los títulos de propiedad.

La aparición de la Virgen del Mar

De Almería hacia el oriente
distante como dos leguas
está la Torre García
de un ancho mar ribereña.

Sobre la torre una noche
estaba haciendo la vela
el guarda Andrés de Jaén,
y al golfo miraba alerta
para avisar del peligro
con atronadoras señas,
en cuanto viese de moros
las repentinas galeras,
que caían a deshora
sobre arrabales y vegas
dejando sangriento estrago
y llevándose la presa.
Pero en vano a los piratas
Andrés vigilante acecha:
santa es la nave que arriba;
feliz será la sorpresa.

Un resplandor se levanta
en la orilla de allí cerca,
que no es de los pescadores
ni de náufragos hoguera;
en aquel sitio parece
que el horizonte se abrevia
al punto de la alborada
transparente, blanca y bella;
y en el bril'o y la hermosura
tanto el resplandor aumenta,
que el buen torrero se asombra,
se deslumbra y embelesa.

Un interior sentimiento
de profunda reverencia,
que comprender aún no sabe,
lo atribula y amedrenta;
mas un celestial impulso
hacia el resplandor lo lleva,
como el imán al acero
hacia la polar estrella.

Cuando el torrero ver pudo
que la luz aureola era
de una imagen de María,
que estaba sobre la arena:
cuando miró a la redonda
y halló la playa desierta,
y conoció que por nadie

la imagen allí fué puesta:
cuando contempló su cara
celestial pero morena,
como cara peregrina
que de gran distancia llega:
cuando observó las señales
tan patentes como ciertas
de que la sagrada Virgen
—sin nave que la trajera—
había surcado los mares
con planta leve y serena,
sin temor de que a los golfos
los austros embravecieran,
trayendo en brazos al Niño
—que aun a los gigantes pesa—
sin que en las líquidas ondas
fracasaran ni se hundieran:
cuando el milagro y misterio
de la aparición penetra;
se arrodilla ante la Virgen
y sus pies húmedos besa,
y prorrumpe en alabanzas,
y candorosas ternezas,
y plegarias muy sentidas
y generosas ofertas,
aunque rústicas y pobres,
tan devotas y sinceras,

que a la Virgen peregrina
y al Niño fueron aceptas.

(De *La nave de gracia*)

DON JUAN DE DIOS DE LA RADA Y BELGADO

Este eximio arqueólogo e historiador ilustre, erudito excepcional, jurista, geógrafo, numismático, crítico, novelista, dramaturgo y poeta lírico, nació el 28 de noviembre de 1825 en Almería. Cursó Derecho y Filosofía y Letras en Granada, y pasó luego a Madrid, entrando en el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, en el que llegó a ser Director del Museo Nacional de Antigüedades, siendo también Profesor y Director de la Escuela especial de Diplomática, Académico de la Historia y de Bellas Artes, Caballero de la Orden de Carlos III, Abogado consultor del Real Patrimonio, etc. Allí falleció en abril de 1901.

Publicista infatigable, el número de sus obras no tiene cuenta, siendo acaso la más relevante la creación del *Museo Español de Antigüedades* (1872-1883), «verdadero monumento de la Arqueología española». Memorable es también su *Viaje a Oriente en la fragata Arapiles* (1876-1882, 3 volúmenes); y son asimismo notables su *Historia de la villa y corte de Madrid* (1860-1864, 2 volúmenes, en colaboración con los señores Rosell y Amador de los Ríos), la *Historia de las Ordenes militares* (1865), *Mujeres célebres de España y Portugal* (1862, 2 volú-

menes), *Viaje de SS. MM. por Castilla*. León, etcétera (1860), *Crónica de la provincia de Granada* (1869), y sus estudios *Antigüedades del Cerro de los Santos* (1875), *La necrópolis de Carmona* (1885), *Bibliografía numismática española* (1886), etc., etc.

Como novelista se dió a conocer por su obra *Crónicas catalanas: D. Ramón Berenguer, conde de Barcelona* (Barcelona, 1858) y *Wifredo II.º*; imprimiendo para el teatro sus dramas y comedias *Cristóbal Colón* (1863), *Dos madres y un solo amor*, *Paz como hermanos* (1876), *Tres en uno*, *Amor de esclavo*, *Los esposos de la muerte* (traducción de la tragedia catalana de Balaguer), etc.

En fin como poeta lírico publicó entre otros trabajos una colección de versos titulada *Melodías*, obtuvo el premio extraordinario de los Juegos Florales de Madrid de 1878 por su *Romance a las bodas de S. M. Alfonso XII*, y en 1879 la Sociedad Geográfica en el certamen en honor de Sebastián de Elcano le otorgó la más alta distinción por la *Oda* en sáficos que a continuación transcribimos.

ODA A LA MEMORIA
DE
JUAN SEBASTIÁN DE ELCANO

Cese tudo o que Musa antigua canta
que outro valor mais alto se levanta.
(CAMOENS. *Lusiadas*.)

No de guerreros codiciados lauros,
No de sangrienta fratricida historia,
Canto de triunfo, que entonó la muerte,
Pido a la gloria.

Triunfo más alto enardeció mi alma,
Lauro más puro mi entusiasmo inspira;
Notas de amor y gratitud tan sólo
Pido a mi lira.

De un nombre oscuro el esplendor ra-
[diante,
De hazaña inmensa por la Fe lograda,
Cantar anhelo la eternal victoria,
Nunca eclipsada.

Vencer en lucha que inspiró el Averno
A hijos de Dios, hermanos contra herma-
Llevando impíos con su misma sangre [nos,
Rojas las manos,

Hazaña es propia de humana flaqueza
Que aplaude el hombre en el error sumido
Delirio triste, aspiración doliente
De ángel caído.

Pero lanzarse á portentosa lucha
Con la creación en gigantesca guerra
Por arrancarle el escondido arcano
Que oculto encierra;

Y en Dios la mente y en su empeño fija
Del alto arcano levantar el velo,
Hazaña es propia de divina estirpe,
De hijos del cielo.

Envuelta en nieblas la razón humana
Hallando estrecha en derredor la tierra,
De la ambición al abrasado aliento
Brotó la guerra.

De la conquista el indomable empuje
No satisfizo su insaciable sueño;

Era vencer á las naciones todas
Triunfo pequeño.

Valla movable de bullente espuma
Detuvo al hombre en su ambición inmensa,
Y de los mares extendió á sus ojos
La niebla densa.

Mansas ó altivas sus rugientes olas,
No gobernadas por humano imperio,
Guardaban, fieles á misión divina,
Hondo misterio.

Romperlo quiso en su arrogancia el
[hombre,
Y en vano, en vano, interrogó á la ciencia;
La luz ansiada descubrir debía
Santa creencia.

La fe de un sabio adivinó la vida
Donde creyeron vislumbrar la nada;
Que aun lo invisible la del génio mide
Firme mirada.

Loco juzgaron su entusiasmo ardiente;
Loca creyeron la esperanza inquieta
De aquel coloso, de los anchos mares
Digno profeta.

En tan amarga y fatigosa lucha
Sólo una Reina le tendió la mano,
Porque era el genio de Isabel primera
Del suyo hermano.

Sólo por ella se lanzó a los mares
En frágil nave que su orgullo asombró;
Y hunde su espalda con la débil quilla
De Dios en nombre.

La Fe, del sabio iluminó la mente
Y el hondo arcano le mostró fecundo;
Por ella surge de las turbias olas
Un nuevo mundo.

Y el hombre vió que tras los anchos
[mares,
Que sin confines en su error juzgaba,
Nueva familia en fraternal contento
Su amor le daba.

Roto el misterio, pero no saciado
De afán humano el perennal destino,
Busca en las ondas, al remoto Oriente
Fácil camino.

Allí otros hombres sin la fe vivían
Lejos del mundo en que su luz brotaba;

Marina brisa, de dolor gemidos
Triste llevaba.

Todos hermanos, que esparció infecun-
[da
Soberbia humana en su delirio intenso,
Unir debiera en bendecido instante
Abrazo inmenso.

El mar rugiente valladar les puso,
Siempre impidiendo el fraternal abrazo,
Sus mismas ondas servirán vencidas
De tierno lazo.

Pero fijarle en su movible espalda
Con blanca estela de atrevida nave,
Como al camino de los cielos guía
Subiendo el ave,

Empresa digna de gigantes era,
Lucha tan grande cual buscar un mundo;
Que avaro guarda su tesoro altivo
El mar profundo.

La Fe de nuevo iluminó la mente
De otro marino en venturoso día;
También su genio comprendió tan sólo
La patria mía.

Gloria en la lucha conquistó triunfando
De envidia vil á sórdido despecho:
Su nombre dicen las revueitas olas
De áspero estrecho.

Desde su altura descendió en mal punto;
Á inútil riesgo aventuró su vida,
Y en lucha estéril, sin honor ni lauros
Quedó perdida.

El mar altivo al contemplar inerte
La luz del génio en sus cerrados ojos,
Lanzó á la orilla de la fuerte armada
Tristes despojos.

Misera nave á la sañuda furia
Del mar se atreve abandonada y sola;
Era también de soberano aliento;
Era española.

Clava en su popa la gloriosa enseña
Retando heróico al elemento fiero;
Nauta indomable que debió a Vasconia
Temple de acero.

La nave sola en el combate rudo
Lucha y relucha por la ansiada palma;

Nada la aterra, el capitán valiente
 Dióle su alma.

La lucha es fiera, desigual, horrible;
 ¿Cómo enfrenar el líquido elemento?
 Contra la nao su furor desatan
 Mar, tierra y viento.

Fija la vista en el desierto espacio
 Vela el marino con afán constante;
 Siempre la proa, que las olas hiende
 Lleva adelante.

Con alta mira, en el timón la diestra
 Rige la nave el español piloto,
 Y vuela á impulso de la hinchada lona
 El casco roto.

Ni un solo instante vaciló su esfuerzo,
 Ni el mar contrario amedrentarle pudo:
 Alta esperanza le sirvió de faro;
 La Fe de escudo.

Y vence al mar, y á la borrasca humi-
 [lla,
 Y es el primero que tras ruda guerra
 Circunda el globo, y con gigante lazo
 Ciñe la tierra.

Triunfó la Fe del pavoroso arcano;
¡Gloria al marino, á sus esfuerzos glorial
¡El nombre de su nave, á su recuerdo
Canta, *Victorial*

¿Qué importa luégo, que infeliz juguete
De negra ingratitud, triste sucumba?
Como la gloria vive en lo infinito,
Nace en la tumba.

¡Oh! gran ELCANO, tu radiante nombre
No há menester que mi cantar lo encum-
[bre;
Él vivirá mientras el sol la tierra
Próvido alumbre.

Perdón, perdón, si con osada lira
Llego á turbar tu venerando sueño,
Del entusiasmo que mi pecho enciende
Pálido empeño.

Tumba dió el mar á tu grandeza digna,
Postrer tributo á tu preclara historia;
La inmensidad que te acogió en su seno
Canta tu gloria.

Don Francisco Rueda López

Periodista, poeta y autor dramático, nacido en Almería a principios del 1834 y fallecido allí «la víspera de San Juan» del año 1903. Fué director propietario de *La Crónica Meridional*, periódico decano de Almería, fundado por él en 1860. Para el teatro escribió un par de comedias tituladas *Los celos del tío Colambre* y *No hay regla sin excepción*, juguete cómico en un acto y en verso (Almería, 1862). También cultivó la poesía lírica, principalmente la festiva, humorística y de circunstancias; escribiendo siempre con facilidad y soltura, aunque con algún descuido e incorrección de forma. Citaremos como espécimen de su númen lírico las poesías que editó *A. S. M. la reina doña Isabel II en su viaje a la ciudad de Almería* (1862) y la compilación rotulada *Secretos de mi cartera* «miscelánea curiosa, o sea colección de poesías, cuentos, semblanzas, epigra-

mas y otras cosas no desagradables» (Almería, 1866 «última edición, porque no creo que se agote la primera»). Don Francisco Jover y Tovar trazó una semblanza de este almeriense ilustre en la *Revista de la Sociedad de Estudios almerienses*, 1911, págs. 248-252; y antes había publicado otra don Plácido Langle Moya en sus *Escritores almerienses*, 1882, págs. 123-127.

La verbena de San Juan

¿Deseas que te describa
la verbena de San Juan?
Pues es que vienen y van
gentes abajo y arriba.

Noche de bulla y de fiesta,
que por calles y ventanas
vemos bailes y jaranas
y alguna tronada orquesta.

Es una noche de ruido,
que con gran algarabía
hasta que amanece el día
alternan Baco y Cupido.

Es noche, que en toda España
celebrar estamos viendo:
noche de música, estruendo,
que da siempre alguna hazaña.

Las mozuelas (y no es mofa),
con el fin que se conoce,
juntas esperan las doce
para quemar la alcachofa.

Hay también otra manía,
por cierto muy singular,
y es por la zarza pasar
al que tiene quebrancía.

Tampoco olvidarme debo
de alguna, cuya ilusión
es echar, al primer son
de las doce, en agua un huevo.

Apenas esta hora ha dado,
todas con curiosidad
quieren ver la novedad
que en su mente se han formado.

—«El mío es un carpintero;
mira la sierra y la azuela»—
Y otra dice:—«Es una vela;
¡justol, Luis el marinero.»—

Y luchan las infelices
por sostener su ilusión,
quedándose en conclusión
con un palmo de narices.

Mas el huevo quedó entero;
zarza y alcachofa a un lado;
y aquel que estaba quebrado
vuelve a ponerse el braguero.

Y así se pasan la noche
diciendo mil necedades,
creyendo que son verdades,
que no habrá quien las reproche.

Hay también quien ya cansado
de tanta broma se tiende;
a mí ver este lo entiende,
si solo no se ha acostado.

Pasemos ahora a la calle,
y ya verás cuántas cosas;
verás del brazo a las mozas
luciendo su lindo talle.

Aquí resuena un silbido;
allí se ven dos parejas;
otros hablan por las rejas;
y otro se duerme aburrido.

Allí va un grupo tocando
con una guitarra rota;
y otros se empinan la bota
y van bebiendo y bailando.

Detrás ves la policía,
que siempre los va siguiendo,
a cada paso temiendo
que turben tanta alegría.

Después de su diversión,
si bueno alguno se halla,
se va derecho a la playa
a darse un buen refrescón.

No pienses que aquí se queda;
que esperan en la marina
ver de Santa Catalina,
al salir el sol, la rueda.

Y aquí es de ver la algazara,
los embustes que se afirman,
mientras que muchos confirman
que han visto la rueda clara.

Otros se echan embriagados
en los poyos o en la arena,
que siempre de la verbena
son estos los resultados.

En fin, es en conclusión
la verbena de San Juan
gentes que vienen y van
en tropel y confusión.

(Del libro *Secretos de mi cartera*)

Don Francisco Iribarne Iribarne

Poeta lírico, dramaturgo y periodista. Nació en Almería el 24 de junio de 1836, cursó en Granada los estudios de Leyes, y, habiendo regresado a su ciudad natal, ejerció en ella su profesión de abogado, consagrando a su carrera, a la política y a las letras sus actividades.

Fué Juez municipal e interino de primera instancia, Miembro de la Junta de Defensa de 1873, Diputado provincial, Alcalde de la ciudad en 1877 y 1879, y Fiscal de las Audiencias de Huércal-Overa, Cartagena y Palma de Mallorca.

Como escritor, empezó cultivando la poesía lírica; dióse luego a conocer como dramaturgo entregando a la escena las notables obras en verso *Dofia Blanca de Navarra*, drama histórico estrenado el 9 de diciembre de 1865, y *El cuarto mandamiento*, comedia representada por el célebre actor Rafael Calvo el 4 de junio de 1869; y

poco después, en 1870, fundó y dirigió en Almeriódico *La Lealtad*, órgano del partido moderado, desde donde combatió vehementemente a la revolución.

Falleció el 26 de febrero de 1903.

Lamentación de Doña Blanca

¡Ay, triste la que nace bajo dorados te-
[chos
y entre las regias galas del pabellón reall
¡Ay, triste la que nace mirando una corona
que acaso en algún día su frente ceñirá!

¿Qué dichas guarda el mundo, qué dul-
[ces ilusiones
a la que en los palacios su vida ha de
[arrastrar?
¿En dónde están sus goces, en dónde sus
[amores,
en dónde las delicias de grata libertad?

Desde que nace al mundo, desde que en
[regia cuna
se arrulla por las auras de adulación fa-
[laz,

hasta los negros bordes del término certe-
[ro,
donde la vida acaba y empieza la verdad.

En brazos entregada de pérfidos parti-
[dos,
que ciegos se disputan el despojo real,
cual dos hambrientos buitres que en la re-
[gión del viento
luchan enfurecidos la alondra al destro-
[zar.

¡Ay, triste la que llora en soledad amar-
[ga,
mirando de los tiempos el perezoso andar,
sin sacudir un punto de su dolor la carga,
que el alma le devora con incesante afán!

(De *Doña Blanca de Navarra*,
acto I, escena 2.)

Don Juan Gutiérrez de Tovar Martínez

Poeta epigramático, festivo y alegre, hábil improvisador de versos y periodista de vocación, nacido en Almería el 16 de enero de 1836 y fallecido el 20 de marzo de 1913. Aunque sobresalió en la poesía satírica y humorística, ensayó todos los géneros poéticos, publicando entre otras obras *Risas y lágrimas*, poesías (Madrid, 1862), la composición heroica *A los defensores de Almería* (1873) y las comedias *Los planes de mi tía*, *La venganza* y *Un quid pro quo*. En 1888 fundó el diario *El Sur de España*, habiendo dirigido *El Bardo* y colaborado en otros periódicos y revistas, tales como *La Discusión* y *La Crónica Meridional* de Don Francisco Rueda López. De su habitual humor da testimonio la siguiente anécdota, recogida por Langle en sus *Escritores Almerienses* (1882, pág. 137). Disponíase cierto poeta amigo suyo (dicen que el vate patético Don Mariano Álvarez Robles) a escribir una lacrimosa composición titulada *El mendigo*, y, habiendo estampado en el papel el primer endecasílabo,

tuvo que salir de la estancia para ciertos asuntos. Llegó en esto Gutiérrez de Tovar, y, entrando en la habitación, leyó la frase interrumpida; y cogiendo la pluma añadió un segundo verso sacado de su caletre, y se marchó. Vuelto el poeta a su tarea, se quedó desconcertado. Él había escrito primero:

Tengo hambre, tengo sed y tengo frío...

y Gutiérrez de Tovar había agregado:

Come, bebe y arrópate, hijo mío.

A LA PRIMAVERA

¡Hermosa Primavera
De flores coronada!
Yo que sigo los pasos
De Homero y de Petrarca
(Y que pasé el Invierno
Sin dinero y sin capa),
Al ver tu faz risueña
Salúdote entusiasta...

¡Bendita Primavera!
Estación que en España
Debiera ser perpétua,
Pues ya como una flauta
Está el contribuyente,
Que salió de las garras
De Camacho el ministro
Hecho todo una lástima,
Cual borrego esquilado
Que ha perdido sus lanas;
Y en este paraíso,

En que manda Sagasta,
Siendo todos Adanes
La ropa no hace falta
Yo te saludo, época
De amor, que las zagalas
Al son del caramillo
Con entusiasmo cantan,
Cuando con los gañanes
Están bajo la parra
Luciendo sus refajos
Más rojos que la grana,
Y hay algún campesino,
De soñadora alma,
Que a la parra se sube
Y troncha alguna rama.

¡Oh Mayo, mes florido!
Ya su orquesta en las balsas
De nuestra verde vega
Organizan las ranas,
Canta de noche el grillo
Y de día la cigarra:
Los pintados lagartos
Por los surcos se arrastran,
Salen pulgas y chinches
A darnos la batalla,
Que son las sanguijuelas
Que Dios en su farmacia

Nos concedió a los pobres
Que no tenemos plata;
Y por digna corona
De tanto goce, y tanta
Dicha, *el cuarto trimestre*
En todas las comarcas
De la nación se anuncia,
Y empieza la cobranza,
Y vá el Comisionado
Veloz de casa en casa,
Dejando en pos un rastro
De suspiros y lágrimas!...

¡Oh Primavera hermosa!
¡Oh Primavera plácida!
Yo que toqué las cuerdas
De mi tosca guitarra
Para cantar un himno
Celebrando tus gracias
En campanudo estilo,
Con valientes metáforas,
(Como lo hicieron muchos
Trovadores de fama);
Renuncio a tal empresa,
Porque ya peino canas,
Y no es propio de hombres
Que de cuarenta pasan,
Emprender galanteos

Ni andar en serenatas,
Cuando existen poetas
Que, aunque todavía maman
Y tienen por cabezas
Enormes calabazas,
Le disparan *un canto*
A las Musas gallardas.
Que al escucharlo, éstas
Y Apolo se desmayan!



Don Miguel Molina Valero

Celoso sacerdote y vate inspirado nacido en Cuevas del Almanzora el 28 de agosto de 1841, y muerto en la misma localidad el 18 de junio de 1885. Distinguióse como poeta lírico y dramático en el último decenio de su vida. Sin duda la mejor de sus obras es el drama en verso *No matar*, representado por primera vez en 1880, al cual siguieron las eruditas loas *El triunfo del genio* (1881) en homenaje a Calderón de la Barca y *A la ciudad de Cuevas* (1882) con ocasión de una mejora local. También se le deben la delicada comedia en verso *Un corazón de oro* (1878) y la graciosa revista de crítica *La botica social*.

Más numerosas, aunque de menor cuantía, fueron sus poesías líricas. Unas eran de circunstancias, como las dedicadas al generoso filántropo don José María Muñoz (cuando visitó y socorrió al pueblo de Cuevas a raíz de la dolorosa y magna inundación del año 1879, mereciendo la estatua de bronce que perpetúa el recuerdo de su dadivosidad), o la consagrada al egregio obispo señor Orberá, mártir de Cuba, héroe de la caridad

y gloria eximia de la mitra almeriense, o la destinada al panteón de don Francisco Soler. Varias eran de carácter moral, como las tituladas *Vanidad de vanidades* y *Don Dinero*. Y otras, en fin, y son las más abundantes (cosa natural, dada la profesión sacerdotal de nuestro poeta), eran poesías inspiradas en asuntos religiosos, como son las varias composiciones *A la Virgen*, especialmente en el misterio de su concepción sin mácula, *A Jesús crucificado*, *A la Verónica*, etc.

Una laudable edición de todas sus poesías fué publicada por su paisano el benemérito crónista de Cuevas don Miguel Flores González-Grano de Oro en 1934.

LA INUNDACIÓN DE 1879

Densas, oscuras nubes, que cruzáis
por la celeste bóveda, decid:

¿Porqué con tanto afán os apiñáis,
cual huestes que se aprestan a la lid?

¿Porqué en alas de recios aquilones
seguis con incansable rapidez?

¿Queréis con vuestros fúnebres crespones
de la noche aumentar la lobreguez?

¿Es quizás vuestro intento condensaros,
en agua convertir vuestro vapor,
y al par sobre la tierra desplomaros
en torrente fatal, devastador?—

—Somos de Dios sumisas enviadas;
cumplimos como ley su voluntad,
y Él nos ordena conducir airadas
en nuestro seno horrible tempestad.

Por designios que al mundo no revela,
ni la humana razón puede inquirir,
en Cuevas, Lorca, Murcia y Orihuela
vamos muertas y estragos a esparcir.—

Dicen; y avanzan con soberbio empuje;
y chocan, se repelen con furor;
y el relámpago brilla, el trueno cruje;
y el éter cruza el raso aterrador.

Y crece y se dilata la tormenta;
y zumba y se retuerce el huracán;
y, en corriente veloz y turbulenta,
doquier las aguas desolando van.

Y rústicas moradas, valles, prados,
cubre y arrastra el hórrido turbión.
¡Ayl! ¡Cuántos pobres seres desgraciados
víctimas tristes de su saña son!

Rüina y esterminio son trofeo
de la tormenta que se aleja ya,
y de la tierra inmenso clamoreo
elévase hasta el trono de Jehová.

Don Enrique de Sierra Valenzuela

Delicado poeta lírico, nacido en Adra el 12 de enero de 1845 y muerto allí el 27 de octubre de 1880.

Habiendo cursado la carrera de Leyes en Granada, hasta graduarse de Licenciado en Derecho Civil y Canónico, trasladóse a Madrid, donde colaboró asiduamente en los periódicos «La Mafiana», «Revista de España», «El Imparcial» y «La Academia», publicando en ellos diversas poesías y numerosos artículos y estudios, tales como *Duelos, rieptos y desafíos*, *El viejo verde*, *La adulación*, *El filotecnicismo*, *Bosquejo literario sobre Góngora*, etc.

Sus composiciones poéticas juveniles las reunió en un volumen, que con el sencillo título de *Colección de poesías* (1870) dedicó a Campoamor.

En 1878 concurrió a los Juegos florales de Madrid presentando una oda a *La Fe*, que fué laureada, siendo asimismo premiado al año siguiente su romance endecasílabo *Tempestades* en el Certamen abierto por el Ateneo Científico-Litera-

rio de Almería, y habiéndose celebrado igualmente mucho su magnífica oda *Al Tiempo*.

Ejercitose también en la literatura escénica, componiendo un drama en tres actos denominado *El lazo roto* (recitado con éxito públicamente) así como la obra histórica *Aben-Abóo* (admitida al parecer por la empresa del Teatro Español).

Sierra Valenzuela descendió a la tumba en la flor de su edad, cuando empezaba a recoger el fruto de sus desvelos y podía consagrarse plenamente al cultivo de la poesía.

Dispersas en la prensa madrileña muchas de sus producciones, éstas comprendían todos los géneros y todos los matices desde el burlón y festivo hasta el elevado y majestuoso.

BALADA

—Niña infeliz, ¿por qué en la noche os-
lanzas tan tristes y angustiosos ayes [cura
y surca el llanto tu mejilla pura?

—¡No tengo madre!

—¿Dó vas? ¡Detente! El aquilón airado
con rudo impulso los cipreses bate.
¿Dónde guías tu paso apresurado?

—¡Busco a mi madre!

—¡Aléjate, infeliz! Silba deshecho
el horrible huracán; la nieve cae...

—¡Dejadme que el rocío de mi pecho
le dé a mi madre!—

La niña llega al panteón sombrío,
y, de un alto ciprés bajo el ramaje
y ante una cruz, con tierno desvarío
llama a su madre.

El cuello inclina a su dolor rendida
la huérfana infeliz, el tierno ángel;
y, cediendo al pesar, queda dormida
sobre su madre.

¡Allí murió! Su alma presurosa
voló hasta el cielo... y, al cruzar el aire,
se oyó cantar con voz armoniosa:

—¡Voy con mi madre!—

(Del libro *Colección de poesías*)

ANACREÓNTICA

Hallábame escondido
detrás de unos rosales,
mirando si hacia el lazo
que yo oculté con arte
a orillas de la fuente
venían las torcaces,
cuando mi pastorcilla
se acerca rozagante,
y, al allegar sus labios
del agua a los cristales
su breve pie prendido
quedóse entre el follaje.

Volvióse sorprendida,
y en vano en sus afanes,
romper queriendo el nudo,
luchaba por soltarse.

Risueño y compasivo
salí yo en el instante,
y dí a su pie cautivo
la libertad amable.

Mas ella, agradecida,
me dijo: «Aunque desates
el lazo, que en la fuente
tendiste a las torcaces,
el que a tu amor me liga
solícita y constante,
ni tú, ni la fortuna,
ni el mal, ni los pesares,
ni el tiempo... ¡ni la muerte
pudieran desatarle!»

SONETO

Cómo el moreno pan en limpia mesa,
la fruta de mi huerto sazónada,
y aún espumante en la anchurosa herrada
bebo la leche del ganado espesa.

Gusto del agua clara, que traviesa
serpentea, entre flores encorvada,
y de mi casta esposa enamorada
gozo el sencillo amor, que me embelesa.

Esta ventura en mi retiro adoro,
tanto que no cambiara por ninguna
la envidiable riqueza que atesoro;
pues el contento que a mi paz se aduna
no lo encierra en sus lauros ni en su oro
ni la gloria fugaz ni la fortuna.

MADRIGAL

De ardiente sed mi Filis acosada
bajó a la limpia fuente,
y su boca hechicera y sonrosada
bañó del agua en el cristal bullente.

Llegó la fuente al mar, y enajenada
dijo, al mirar sus mágicos corales:
—«¡Más bellos se han bañado en mis rau-
[dales!

D. Antonio Ledesma Hernández

Abogado, orador y literato de singular prestancia y de extraordinaria fecundidad. Nació en Almería el año 1856. Estudió Derecho en Granada y Madrid, capitales en las que ha ejercido la abogacía lo mismo que en su ciudad natal. Fué director de la *Democracia monárquica*, colaborando en numerosas revistas y periódicos de Madrid y provincias. Inspirado poeta y admirable prosista, muchas de sus composiciones han sido laureadas en diversos certámenes, habiendo cultivado casi todos los géneros literarios: la poesía lírica, la leyenda, el drama, la comedia, la novela, etc. Se ha distinguido también como traductor de Byron, de Heine, de Moliere, de Musset y de otros autores. He aquí una pequeña lista de las más salientes de sus producciones:

La Ciencia y el Amor, pequeño poema (Málaga, 1881); *Bienaventurados los que mueren*, drama en tres actos y en verso (1883); *Los dos resucitados* pequeño poema (Almería, 1884); *Poemas*: tomo I de sus *Obras completas* (Almería, 1887); *Los problemas de España* (Almería, 1898);

Poesías premiadas (Almería, 1900); *Canuto Espárrago*, novela en dos tomos (Almería, 1903); *La nueva salida del valeroso caballero Don Quijote de la Mancha* (Barcelona, 1905); *Los dos materialistas*, drama en verso (Almería, 1907); *Sangre azul*, drama en prosa (Almería, 1910); *El primer pleito*, comedia en verso; *Mis confesiones*, autobiografía, 2 vols; *Discursos de Juegos Florales*; *Cantos de la Patria*; *De la Fe y del Amor*; *Versos de la juventud*; *Poesías frívolas*; *Poesías galantes*; *El pesimismo de Leopardi*; *Don Juan*, de Byron, traducción; *La peregrinación de Childe-Harold*, traducción; etc.

También tiene escritas la novela *Oswaldo*, la leyenda en prosa *Aventuras granadinas*, el drama romántico *Morir por su matador*, el libreto de una ópera *Lucrecia*, e innumerables obras más.

LECCIONES DE GRAMÁTICA

(Poema en un canto)

I

Erase una discípula simpática,
 modelo de candor,
y le daba lecciones de gramática
 un joven profesor.

Contaría la alumna quince Abriles,
 edad primaveral,
en que brotan del alma sueños miles
 á un soplo celestial.

Y el profesor tendría treinta Mayos,
 cenit de la pasión,
en que esta, con el fuego de sus rayos,
 abrsa el corazón.

Abelardo, el maestro se llamaba;
 María, la escolar;
el nombre del primero recordaba
 historia singular.

Y el de ella dibujaba en la memoria,
lo mismo que un pincel,
las vírgenes que, en medio de la gloria,
soñara Rafael.

La cátedra, que el padre de María
dispuso á la lección,
en amplio gabinete consistía,
con mágico balcón.

Por él mostraba el cielo sus colores,
el sol su luminar;
entraban los jilgueros y las flores,
las brisas de la mar...

Y fué precisamente en primavera,
estando todo en flor,
cuando á María sus lecciones diera
el joven profesor.

II

«*Gramática, es el arte del idioma,*»
decía muy formal,
fijándose en los ojos de paloma
de su alumna ideal.

«*Lenguaje*, es del oculto pensamiento,
del alma, la expresión:»
y su alma lanzaba con su acento
temblante vibración.

«*La palabra*, es el signo de la idea,
es un dón y es un bién;»
y ponía una páusa en su tarea,
que el callar lo es también.

«*La oración*, de palabras se compone:
distintas estas son;
el artículo al nombre se antepone;
ejemplo, *el corazón*.»

Y al citar este ejemplo, colocaba
la mano sobre él,
porque, indómito, ya se le escapaba,
cual fogoso corcel.

«*El nombre sustantivo*, proseguía,
un ser designará;
ejemplo, el dulce nombre de *María*
que á vos unido vá »

«*Y adjetivo*, es la voz que á un ser ó cosa
califica a su v. z;

cual si digo, María es *muy hermosa*,
tiene *blanca* la téz».

«¿Comprendéis?» preguntaba á la don-
[cella,
al fin de la lección;
y, con lenguaje sin palabras, ella
prestaba afirmación;

Pues, clavando sus ojos de paloma,
hacíase entender;
y hablábanse los dos en ese idioma
innato en todo sér.

III

La alumna aprovechaba de manera,
que hubieron de llegar,
pasando todo aquello á la carrera,
un día, al verbo *amar*.

Cual siempre, se encontraban á sus so-
[las,
y el pájaro y la flor,
los cielos conjugaban, y las olas,
el verbo embriagador.

«*Amar...* infinitivo de presente,
decíale el doncel;
es igual que vivir, pues ciertamente
que no hay vida sin él.»

«Mirad esos espacios azulados,
de mágico esplendor;
de Dios, del sumo Dios fueron creados,
con un beso de amor.»

«*Amando*, es el gerundio infinitivo:
es que el mundo también,
amando, solo sabe que está vivo;
que marcha tras el bién.»

«*Haber de amar*, futuro, esa es la ley
que rige el corazón;
lo mismo del mendigo que del rey;
que alienta en su embrión.»

«*Amante*, participio: vése en ello
á un alma florecer;
Amado, es lo pasivo, es lo más bello
que en el mundo hay que ser.»

Y pasando al presente indicativo,
con loco frenesí:
—*Yo te amo*, prorrumpió; sin tí no vivo;
ten compasión de mí.

— ¡*Tú me amas!* balbuciente la doncella
dijo, al verle a sus piés;
pues los dos *nos amamos*; tu querella
ya satisfecha ves.

Y en esto, entrando el padre de María,
gritó fuera de sí:
— ¡*Vosotros os amáis!* yo no sabía
conjugáseis así.

Alzóse el profesor, que ante ella estaba,
y contestó: — Sí, a fé;
es cierto; ya hace tiempo que la *amaba*:
yo siempre la *amaré*.

— *Amáos*, pues, en buen hora, dijo el pa-
[dre;
consiento en vuestra unión,
y seguid de ese verbo, como os cuadre,
la fiel conjugación.

IV

Casóse el profesor con la doncella:
en su goce ideal,
ya los *pronombres posesivos* ella
aprendió al natural.

Repetiendo doquier el *mío, mía*,
con eco seductor,
de pájaros un nido parecía
el hogar de su amor.

En medio de esa dicha casi muda,
gozando de ese Edén,
que ella de él aprendiera nadie duda
la conjunción también.

Pero, pasó el período sonriente,
y entonces encontró
el *adverbio de tiempo* «eternamente»,
que al fin la fastidió...

.....
Para romper su languidez apática,
su esposo reanudar
quiso aquellas lecciones de gramática,
volviendo al verbo *amar*.

Y al gabinete, la llevó, en efecto;
y el libro allí al abrir,
topó con el *pretérito perfecto*
que empezaba a decir:

Yo te amé, tú me amaste, me has ama-
[do;
y un helado sudor

por su rostro corrió, gritando airado:
—¿En dónde está tu amor?—

No lo encontró, cual antes, en sus ojos;
y, blandiendo un puñal,
al punto le arrancó, ciego de enojos,
la interjección final.

V

Sobre el vergel, frente la mar bravía,
aún al lejos se vé
el bello gabinete de María,
que su cátedra fué.

Mas ya no anida el pájaro en su alero;
ya no trepa el jazmín;
un velo funeral, triste y severo,
cubre casa y jardín.

La luna, amarillenta, sobre ella
en la noche al brillar,
parece la visión mística de aquella
que baja á meditar.

A veces al balcón un loco asoma:
¡ay! es el profesor,
que aún busca aquellos ojos de paloma;
aquel rayo de amor.

Allí conversa con la luna extática:
¡locura singular!
le dá al astro lecciones de gramática;
le enseña el verbo *amar*.

La luna sigue siempre indiferente
su camino al confín;
se pierden las palabras del demente
por el vasto jardín;

Y si un rayo de aquella, entre el ramaje,
dá su pálida luz,
se divisa en recóndito paraje
un mármol y una cruz.

De María es la tumba silenciosa
que tiene una inscripción;
óyela por tu vida, niña hermosa,
que importa al corazón:

«Aquí yacen los restos de María»,
dice el letrero aquel;

«un curso de gramática aprendía,
y á la par de amor fiel.»

«*Amó*; en todos los tiempos, en efecto,
el verbo conjugó;
pero amar *en pretérito perfecto*
su desdicha labró.»

«Alumnas del amor, tened muy vivo
este ejemplo fatal;
amad siempre *en presente indicativo*,
que es la dicha eternal.»

(Del libro *Poemas*.)



Don Plácido Langle Moya

Son resaliente jurisconsulto y escritor ilustre, nacido en Almería el 21 de octubre de 1858 y enterrado cristianamente allí el 24 de junio de 1934. Cursó sus estudios en la Universidad de Granada, donde se licenció en Derecho, y en su ciudad natal desempeñó preeminentes cargos, siendo Presidente del Círculo literario, Jefe del partido de Unión republicana, Presidente de la Cámara Llovera, etc. Como abogado pronunció más de un millar de informes ante los tribunales, colaboró como periodista muchos años en la prensa local y en gran número de revistas españolas y extranjeras; dió multitud de conferencias sobre temas sociales, jurídicos y literarios; y como poeta exquisito y literato ameno publicó numerosas obras en verso y en prosa. Citaremos entre las primeras sus *Poesías premiadas en el Certamen del Ateneo de Almería* (Madrid, 1879), *Más versos* (Madrid, 1881), *El Arte, canto* (Almería, 1882), *Corona poética a la memoria de la niña Pura Langle Rubio* (Almería, 1891), *El espejo del mar*, *Un puñado de sonetos*, *Pri-*

mavera lírica, Bajo el sol de España, Al doblar la cumbre, etc. De sus libros en prosa recordaremos en primer lugar sus interesantes bocetos biográficos de *Escritores almerienses* (Almería, 1881-82), *La lírica moderna en España: Núñez de Arce, Campoamor y Bécquer* (Almería, 1883), *El Ateneo de Almería, historia crítica de su vida intelectual* (premio de los Juegos florales del Círculo literario en 1902), *Por tierra argelina, crónica de un viaje* (Almería, 1911), *Cuentos de todos colores*, y un notable prólogo a las *Doloras* del poeta Campoamor.

EL POETA

Libre nací. Como el indócil viento
crucé la tierra, peregrino errante,
llevando en mi atrevido pensamiento
el ideal de mi ambición gigante.
Lancé a los aires mi fogoso acento;
y abandonando su regazo amante,
dejé el país do se meció mi cuna
ávido de renombre y de fortuna.

Sentí en mi mente el insaciable anhelo
que el hondo afán de lo infinito inspira,
y como el ave que remonta el vuelo
á las regiones de la luz, que admira,
vagué á mi antojo de la tierra al cielo,
pulsé febril mi arrebatada lira,
y al ronco son del piélago bravío
dí rienda suelta al sentimiento mío.

Yo canté de la mar en las riberas
las gracias de las sílfides y ondinas,

al descubrir sus formas hechiceras,
veladas por las ondas cristalinas;
y en todas las fantásticas quimeras
de las viejas edades peregrinas,
hallé la inspiración de mis cantares,
que me dieron las áuras populares.

Brotó después, al son del caramillo,
la égloga dulce y el idilio tierno,
de las zagalas el amor sencillo,
de los pastores el afán interno;
y cuando al grito del feroz caudillo
surgió la lucha y su dolor eterno,
se oyó cantar en la soberbia trompa
la épica hazaña y la guerrera pompa.

Yo describí del héroe valeroso
la insigne acción y el fuerte poderío;
del jóven, el arranque impetuoso;
del noble anciano, el temerario brío;
la sien ceñí del paladín glorioso,
blando en la paz, pero en la lid impío;
y en la reñida justa y el torneo
mi canto fué del vencedor trofeo.

Luego pulsé del trovador amante
la delicada cítara sonora,
y consagré mi cántiga anhelante

á la beldad del corazon señora;
y celebré su seno palpitante,
de su faz la sonrisa seductora,
el dulce néctar de sus labios rojos,
y la alma luz de sus divinos ojos.

Hoy... huyeron las náyades del lago,
abandonó Neptuno su tridente,
murió, del tiempo al implácable estrago,
la ninfa bella de la mar durmiente;
ni gime Eólo con el viento vago,
ni ruje en él su cólera inclemente;
y en su dorado trípode indecisa
cayó la venerada Pitonisa.

Ya no levanta sus soberbios muros
el señorial castillo poderoso,
con sus recintos lóbregos y oscuros,
su levadizo puente y su ancho foso.
De la torpe ignorancia á los conjuros
no responde el espíritu medroso.
Pasó la tradición con sus quimeras:
brilla la luz del mundo en las esferas.

Rompióse la cadena del esclavo;
apareció la aurora del derecho;
del fanatismo derrumbóse al cabo
el ídolo fatal, pedazos hecho;

por la hermosa verdad, pujante y bravo
latió del hombre el generoso pecho;
y con santo fervor, jamás oculto,
rindió á la patria cariñoso culto.

Y canto las conquistas de la ciencia,
de las artes los vívidos fulgores,
la augusta libertad de la conciencia,
del trabajo los frutos bienhechores;
de la rica moral la pura esencia,
del progreso los bienes redentores,
de la justicia el brillo soberano,
y el vuelo audaz del pensamiento humano.

¡Y siempre así! Que mientras gire el
[mundo
sobre sus duros ejes de diamante,
y el alma inquieta, con afán profundo,
sus alas tienda hacia la luz brillante,
hé de aspirar al ideal fecundo
en que he cifrado mi ambición constante;
y al entusiasmo que á mi mente inspira
responderán las cuerdas de mi lira.

Don Miguel Jiménez Aquino

Distinguido y fértil escritor, conocido también por el seudónimo de «Don Abdón». Nació en Almería el 1862. Estudió en la Universidad de Madrid y en la Escuela de Ingenieros de Caminos, y en 1882 entró por oposición en la Secretaría del Senado, del que ha sido largos años taquígrafo y digno bibliotecario. Su labor es muy variada, pues se ha ejercitado en la filología, el derecho, la literatura, el periodismo y el teatro. He aquí unas cuantas de sus producciones: *A la luna de Madrid*, poema (Madrid, 1884); *Ensayos de glosología: Análisis gramatical de la lengua castellana* (Madrid, 1888); *El padre alcalde*, sainete lírico en colaboración con don Mariano de Rojas (Madrid, 1889); *Flores de la Alcazaba*, colección de sonetos en colaboración con don José Durbán Orozco y don Francisco Aquino Cabrera bajo los seudónimos de «Don Abdón, Don Trifón y don Zenón» (Almería, 1890); *El primer premio*, juguete (Almería, 1892); *La responsabilidad ante el Parlamento* (Madrid, 1901); *Dos de mayo*, cuadro dramático (Madrid, 1908); *Prin-*

cipio de las metamorfosis (en *La Esfera*, agosto, 1915); *Y mañana lunes...* (traducción de Pirandello); *El sauce*, poema en cuatro cantos (Almería); *Soledad*, poema; *La sota de espada*, comedia lírica (Almería). También ha traducido en verso libre obras de autores griegos y latinos, como Mosco, Catulo, Horacio y Ausonio, constituyendo su principal labor y mérito en este género la notabilísima «Biblioteca grecolatina», de la cual ha publicado los siguientes volúmenes: «*Los Trabajos y Días*» de Hesiodo y el *pequeño poema «Afrodita y Anquises»*, dos joyas de la literatura helénica (Madrid, 1920); «*Las «Geórgicas» de Virgilio y su continuación por Columela*» (Madrid, 1920); «*El rapto de Helena» de Coluto*, «*Hero y Leandro» de Museo y otros poemas de la antigüedad clásica*» (Madrid, 1923); y *El poema de Trifodoro «La toma de Ilión» y el libro segundo de la «Eneida» de Virgilio* (Madrid, 1923).

A CAROLINA

Flor que acabas de nacer,
la brisa al amanecer
de tu ser esencias toma.
¡Quien pudiera el aura ser
para respirar tu aroma!

El céfiro juguetón
con amorosa ilusión
tu tallo gentil conmueve...
¡Si yo encontrara ocasión
de ser el céfiro level...

Flor hermosa entre las flores,
con sus rayos brilladores
alumbra el sol tu arrebol.
¡Quién fuera rayo de sol
para bañarte en colores!

Rosa de esencia olorosa,
no hay lirio en la vega umbrosa
que tu encanto no avasalle.
Para ser tu esclavo, rosa,
¡quién fuera lirio del valle!

La noche con mil abrazos
te arrulla, flor, en sus brazos
y cierra tu puro broche.
Tengo envidia de esos lazos.
¡Ay, flor, quién fuera la noche!

Carolina, un andaluz
hoy te jura por la cruz,
que quisiera ser tu alfombra;
¡rayo, para darte luz,
y árbol, para darte sombra!...

D. Fernando Palanques y Ayén

Historiador, periodista y literato, que vió la luz en Vélez-Rubio el año de 1863. Fundó y dirigió en su tierra natal los semanarios *La Idea*, *El Fomento*, *La Linterna* y *La Opinión*, siendo más tarde en la Corte jefe de redacción de *La Ilustración Madrileña* y director de la *Agencia Periodística Española*. Fué elegido miembro honorario de la Academia Dante Alighieri de Catania y correspondiente de las Reales de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla. La Asociación Internacional de la Cruz Roja le condecoró con medalla de oro, y la de los Hospitalarios Salvadores de Francia le nombró miembro honorario suyo. Ha publicado, entre otros varios trabajos. *Un filántropo y una obra pía* (Vélez-Rubio, 1903), *El guardián de San Francisco* (V.-Rubio, 1904), *Historia de la villa de Vélez-Rubio* (V.-Rubio, 1909), *Apuntes genealógicos y heráldicos de la*

villa de Vélez-Rubio (1910), *De Alpinismo Almeriense: Una excursión al Maimón* (Almería, 1910), *Los últimos días de un escéptico*, crónica periodística, premiada en público certamen (Almería, 1912) y como poeta compuso *Zoraida*, leyenda histórico-caballeresca, premiada en los Juegos florales de Murcia de 1911 e impresa ese mismo año en Barcelona.

EL ESCUDO DE ALMERIA

(Cruz roja de S. Jorge en campo blanco)

La Heráldica es una segunda Historia
esculpida en páginas de piedra.

Hay una ciencia vetusta
y, por vetusta, olvidada,
que en los tiempos medioevales,
cuando la Cruz sacrosanta
era signo de victoria
en los dominios de España,
en mármoles y alabastros
esculpió la historia patria.

Era por los días aquellos
de *obscurantismo* y teocracia,
en que unos monjes humildes,
de abnegación espartana,
salvaban del ostracismo
viejas joyas literarias,
rasguñando las vitelas

de esos códices que guardan
de las letras el tesoro
que Grecia y Roma legaran.

Y esa ciencia venerable,
más noble si más arcáica,
que en simbólicos cuarteles
nuestra epopeya nos canta
con sus timbres legendarios
y sus épicas hazañas,
es la ciencia bendecida
que llaman la ciencia heráldica.

¡Cuántos rasgos inmortales,
de esos que á la Historia esmaltan
y escaparon á la pluma
de los cronistas de laya,
han brotado de los signos
de esas piedras milenarias
que son archivos vivientes
de fé y de grandezas patrias,
o páginas epopéyicas
en el mármol cinceladas
para perpetuar las glorias
y los triunfos de la razal

Urci, la ciudad invicta,
tiene también esa página,
sacro y honorable emblema
de tradiciones hidalgas,

de envidiables abolengos
y de virtudes preclaras.
Mirad, sinó, de su escudo
la *bordura* complicada
con sus *barras* y *castillos*,
sus *leones* y sus *águilas*,
y esa excelsa *cruz de gules*
que, en albo *campo de plata*,
sella los fastos gloriosos
de una ciudad blasonada,
que es altiva porque es noble,
y es noble porque es cristiana,
y es *leal* y es *decidida*
por las libertades... santas.

Santas digo, ¡no os admire!
Y... quien ofender osára
á la urcitana metrópoli
creyéndola partidaria
de esa *libertad* sin frenos,
sin Ley, sin Dios y sin Patria,
que los pseudos redentores
del pueblo incauto proclaman,
ese... sería un hijo espúreo,
no un almeriense de raza.

¡Loor a la ciudad insigne,
la incorruptible, la hidalga,
la de preclaros blasones,

la de lealtad legendarial
Si algún ingrato precito,
nacido de tus entrañas
y arrullado por tus brisas
y mecido por tus áuras,
a tu pulcra ejecutoria
osa infligir esa mancha,
dile con airado acento,
no de madre, de madrastra:
—[Insensato! no profanes
esta piedra veneranda,
que cual aureo relicario
mis timbres ínclitos guarda.
Fuí sepulcro de un apóstol,
allá en la fausta alborada
en que la luz del Calvario
inundó tierras hispanas.
Luego, al rodar del destino
por las sendas ignoradas,
cuando la ley de la Historia
con sus fatales mudanzas
hundió la goda diadema
del Guadalete en las aguas
y el pabellón sarraceno
se enseñoreó de mis playas,
fuí también mansión augusta
de emires de gran prosapia.

Mas, si con ellos fuí grande,
fuílo más con un monarca
que del seno de Castilla
vino, en épica Cruzada,
a abatir de mis almenas
la media luna africana
y arbolar la Cruz de Cristo
en lo alto de mi Alcazaba.
No profanes, no mancilles
esta piedra veneranda...
Es la lápida votiva
y es la pétrea remembranza
de aquel cerco formidable
que si *burlaron las águilas*
fué porque al espacio etéreo
no iban a subir, sin alas,
los bizarros sitiadores
a blandir sus férreas armas.
Y es también mi excelso escudo,
porque en su campo, de plata
como de mi mar Tirreno
las níveas ondas rizadas,
tiene la *Cruz de San Jorge*;
aquella divisa brava
que las naves genovesas
y las huestes castellanas
me legaran en recuerdo

de la célebre campaña
que con sangre del muslime
quedó escrita en mis murallas.
¡No la profanes... que es ella
mi enseña inmortal y santal

Don Joaquín Peralta Valdivia

Nació en Laujar (provincia de Almería y arzobispado de Granada) el 29 de marzo de 1864; cursó sus estudios en el Seminario de Almería; ordenóse de presbítero en Málaga en 1887; fué nombrado en 1889 profesor de Filosofía del Seminario almeriense; y el 1.º de marzo de 1907 obtuvo por oposición la canongía y dignidad de Penitenciario de la Catedral de Almería, cargo que desempeñó hasta su óbito, acaecido el 26 de febrero de 1926.

Sacerdote ejemplarísimo, se dedicó activamente a obras de beneficencia y catequísticas, llegando a ser presidente del Consejo de Administración del Monte de Piedad, ejerciendo otros varios cargos como el de Examinador sinodal de la Diócesis. Sin embargo encontró tiempo sobrado para el cultivo intenso de las letras, colaborando en multitud de revistas y periódicos, pronunciando muy elocuentes discursos, y escribiendo un sinnúmero de obras en prosa y en verso. Citaremos las más significadas: *Ensayos poéticos* (Granada, 1822); *Poesías* (Albacete, 1884); *Consuelo*,

pequeño poema (Almería, 1887); *Flor del alba*, novela corta (Almería, 1889); *El sauce de la Virgen* (Vélez-Rubio, 1892); *Cuestiones populares modernas* (Madrid, 1893); *Memoria histórico descriptiva de la imagen y culto de Nuestra Señora del Mar* (Lérida, 1898); *Trabajos premiados por la Academia Calasancia de Barcelona* (Barcelona, 1898); *Poesías premiadas* (Barcelona, 1899); *Nica*, novela corta (Madrid, 1904; Buenos Aires, 1905); *La cruz de honor* (Almería, 1911); *Granos de incienso*, poesías (Almería, 1913), etc.

LA ERMITA DE LA VIRGEN

Hay entre la espesura del bosque um-
[broso,
donde el rumor no llega del mundo aleve,
ofreciendo a las gentes paz y reposo,
una casita blanca como la nieve.

Préstanle sombra
de un olmo gigantesco
las verdes hojas.

Cuando adorna los campos la Primave-
[vera
y las ramas se cubren de gayas flores
y canta la fontana fresca y parlera
y en las frondas anidan los ruiseñores,
la alegre casa
bajo el olmo semeja
linda flor blanca.

Cuando de luz vestido llega el Verano
y ni una leve sombra su ardor mitiga
y al labrador ofrece la rubia espiga
en su cuna de aristas el áureo grano,
mansas y ledas
corren las frescas auras
junto a su puerta.

Si el fatigado Otoño borda del cielo
el azulino manto con nubes rojas,
y del árbol caídas cubren el suelo,
como ilusiones muertas, las secas hojas,
aún cariñosa
en su viejo tejado
gime la alondra.

Si el cano invierno asoma por la mon-
[taña
cubierto con el manto de la neblina,
y el sol en las corrientes ya no se baña,
ni al blando nido torna la golondrina,
aún a su puerta
el olmo con sus ramas
calor le presta.

Que es cual plumoso nido de ruiseño-
[res
aquella casa blanca como la nieve,
nido por Dios cercado de frescas flores
que en torno de ella esparcen su aroma
[leve.

Oasis bendito,
donde el alma viajera
tiene un asilo.

En el fondo risueño de la casita,
donde la luz alegre temblando avanza,
allí de los amores la Reina habita,
allí brilla la Estrella de la Esperanza;
allí se encierra
mi tesoro, ¡mi hermosa
Virgen morenal...

(De *Granos de incienso*)

LAS HIJAS DEL CALVARIO

I

—Yo soy en el alma de amor encendida
estrofa sublime de eterna canción,
escala divina que siempre extendida
encuentra en sus penas el fiel corazón:
Yo soy la Oración.

II

—Amor me ha engendrado. Mi patria es
[el cielo.
Buscando a los hombres al mundo bajé.
Un rayo de luna me sirve de velo.
Yo soy la victoria, la dicha, el consuelo:
Me llamo la Fe.

III

—Mi paso ha sembrado la tierra de flo-
[res.
En pos de mis huellas el mundo se lanza.
Yo soy quien aviva los santos amores.
Yo soy la que calma los rudos dolores:
Yo soy la Esperanza.

IV

—Mi aliento süave, mi hablar deleitoso,
es blanda caricia que viene del cielo,
arrullo divino, cantar amoroso,
que deja las almas en dulce reposo:
Yo soy el Consuelo.

V

—Habito en el cáliz de oculta violeta.
El mundo me mira con rara piedad.
En mí encuentra el alma su dicha comple-
[ta.
Yo soy de los santos la amiga discreta:
Yo soy la Humildad.

VI

—Mi cetro es un lirio, mi trono una ro-
[sa,
mi túnica un nardo, mi manto una esencia;
angélicas vírgenes de faz ruborosa
y cándidos niños mi corte graciosa:
Yo soy la Inocencia.

VII

—Yo soy de las almas dichosa agonía,
celeste dulzura, divino dolor.

Me llaman luz, astro, querube, armonía,
flor, beso, suspiro, recuerdo, poesía:

¡Yo soy el Amor!

(De *Granos de incienso*)



Don Federico Salvador Ramón

Infatigable apóstol y misionero, fundador de la «Esclavitud de la Divina Infantita», nacido en Almería el 9 de marzo de 1867. Hecho el Bachillerato en el Instituto almeriense, ingresó en el Seminario de San Indalecio, licenciándose en Sagrada Teología en la Universidad Pontificia de Granada en 1894. Dos años después marchó a Roma, permaneciendo un bienio en el Colegio Español, y de allí se dirigió a Méjico, donde en 1901 fundó la Congregación, que más tarde estableció también en Marruecos y en España, particularmente en Instinción, editando la revista mariana *Esclava y Reina*. En 1918 fué nombrado por oposición canónigo de la Catedral de Guadix, cargo que renunció en 1926. Vuelto nuevamente a América, falleció en opinión de santidad en San Diego de California el 31 de marzo de 1931. Luchador incansable y ardoroso, fué predicador notable (consérvanse sus *Sermones de misa nueva y de Santa Cecilia*, Guadix 1920 y 1921), animoso periodista (en 1910 se encargó

del diario almeriense *La Independencia*), escritor místico y ascético (recuérdanse su *Novena a la Divina Infantita*, *Del culto de la Inmaculada*, Granada 1907, *Meditaciones*, Almería 1912, *Oraciones para comulgar*, 1924, etc.) e incluso novelista (*Boda gloriosa*, novela corta, Guadix, 1924) y poeta. En este último aspecto se le cita por *Los Carvajales*, pequeño poema (Almería, 1887), *Ensayos literarios* (Almería, 1889), y *Poesías* (Almería, 1894).

CRISÁLIDA ES EL HOMBRE...

Crisálida es el hombre, cuando nace;
más tarde, mariposa;
y luego, cuando yace,
alma ante Dios y cuerpo en una fosa.



Nace el niño, y es solo primavera
de gratos embelesos;
y su pura mejilla reverbera
los más amantes besos.

Las auras le saludan a porfía;
las aves y las flores
sus trinos dan al niño y sus colores;
él a todos en cambio da alegría

y en cielo luego trueca
el maternal regazo, en donde mora;
pues al cielo de Dios bien lo remedan
un niño, que al mirar todo lo dora,

una madre, que vela sus sonrisas,
y un ángel puro de celestes alas,
que al plegarlas agita dulces brisas,

que llevan al Señor en raudos giros
los besos de la madre
y del niño inocente los suspiros.

Cielo sereno o cierta desventura
¿quién sabe qué le espera?
Tal vez, fugaz, cual nube vaporosa,
vuele a hundirse en un lago de tristura,
cuando el niño se muestre mariposa.



Don José de Burgos Tamarit

Escritor y poeta festivo, nacido en Almería en la segunda mitad del siglo XIX. Fundó y dirigió en su ciudad natal un periódico satírico ilustrado con caricaturas, habiendo colaborado en diversas publicaciones locales. En 1893 y 1894 compuso en colaboración con otro fértil e ingenioso poeta avecindado en Almería, don Fermín Gil de Aincildegui, dos originalísimos proyectos de revista, que vieron la luz con los nombres de *La linterna mágica* y *La cosecha de hogaño*. En 1897 fué premiado en los Juegos florales almerienses por su composición *La feria de Almería*; al año siguiente el Ateneo de Lorca galardonó diez *Rimas* suyas en público certamen; y en 1899 por unos *Cantares* y otras poesías volvió a ser laureado en Almería con ocasión de nuevos Juegos florales. Estas poesías premiadas y algunas

más las reunió en un tomito que rotuló *Zarandas* (Almería, 1899), para el cual compuso un prólogo laudatorio en verso el ya citado señor Gil de Aincildegui. Diez años después vió la luz otra obrita del señor Burgos Tamarit, la rotulada *Pópuli-Diálogos* (Almería, 1909), donde por vez primera deliberadamente se ensaya una imitación del habla popular de la comarca.

CANTARES

I

Con el abierto abanico
quieres ocultar la cara;
deja al sol que resplandezca
libre de nubes de gasa.

II

Al besar la cruz que llevas
puesta sobre el albo pecho,
pido a Dios perdón, pues sé
que cometo un sacrilegio.

III

Emigran las golondrinas
y al volver sus nidos hallan;
a los que por hambre emigran
ni compasión se les guarda.

IV

¡Pobre soldado que arrastra
a sus abismos la guerra;
deja a su madre llorando
y, si vuelve, la halla muerta!

V

Luces y galas y flores
y fulgar de los cielos
y destellos de la gloria
Dios puso en tu hermoso cuerpo.

VI

Pueblo heroico y valeroso
y digno de admiración
es el pueblo que se crece
del infortunio al rigor.

VII

Guárdame en tu corazón
un rinconcillo pequeño,
para que, cuando me muera,
puedas enterrarme dentro.

VIII

Róbame cuanto poseo,
que el robo yo te perdono;
pero déjame que guarde
de mis penas el tesoro.

IX

De la flor de los granados
parecen tus labios hechos;
granada abierta tu boca,
cuajada de perlas dentro.

X

Quiso Dios que hermosa fueras,
y que fueras buena quiso;
te trajo así al mundo, y luego
«Vente aquí al cielo» te dijo.

XI

Hay penas que amargan mucho,
pero que se endulzan luego;
¡la pena de estar sin madre
no hay quien la arranque del pechol

XII

Dos cosas santas venero
que son hermosas y grandes:
la bandera de mi patria
y el recuerdo de mi madre.

(Del libro *Zarandajas*)

Don Francisco Aquino Cabrera

Delicadísimo poeta lírico y prosista meritísimo nacido en Almería el año 1869; colocado de oficial de secretaría y archivero de la Excm. Diputación Provincial, y muerto el 4 de diciembre de 1910.

Emparentado con otro poeta también almeriense, don Miguel Jiménez Aquino, colaboró con él y con D. José Durbán Orozco en la colección de sonetos *Flores de la Alcazaba* (Madrid, 1890). Años después entregó a la publicidad su hermoso libro de poesías rotulado *Sensaciones* (Almería, 1900), que fué muy favorablemente acogido por la crítica: Leopoldo Alas «Clarín» calificó a su autor de poeta ilustre y de poeta admirable. En 1908, al conmemorarse el glorioso centenario del sitio de Zaragoza, concurrió con otros 314 poetas al Certamen nacional allí celebrado, triunfando

de todos con su sentido y patriótico romance «La jornada del arrabal». Cuando le salteó la muerte tenía en preparación varias publicaciones en prosa y verso, intituladas *En la liza*, *La fronda* y *De mi tierra*. Una recopilación póstuma de poesías y artículos suyos fué publicada en Almería en 1912 con el epígrafe de *Al vuelo* bajo el patrocinio del Excmo. Ayuntamiento.

La jornada del Arrabal

I

Madre mía, madre mía,
otro beso y otro abrazo
y venga el fusil que padre
llevó siempre y honró tanto,
porque al decir de la gente
—y la gente no habla en vano—
el *Rabal* está en peligro
y al *Rabal* hay que salvarlo.

Diz que dicen que Mortier
prepara un tremendo asalto
para apoderarse al fin
de aquel indomable barrio;
y diz que dicen que allá
lo está esperando Velazco
con sus veintidós cañones

de doce y de veinticuatro
y sus fieles *rabaleros*
entre los que, madre, falto.

.
No llores, madre del alma,
pronto vengo, y vendré sano,
que la Virgen del Pilar
no te ha de dar más quebrantos.
Ya fué bastante el que *aquel*
se fuera de nuestro lado.
¡Madre, por *aquel* te juro
que el *Rabal* hay que salvarlo!

.
No, no vengas. ¿Para qué?
No he de tenerte a mi lado
ni aun verte si atrás te quedas,
porque los zaragozanos
ya sabes que nunca atrás
en el combate miramos.

Tú a cumplir con tu deber
aquí en casa, deshilando
lienzos de eternal blancura,
que por pasar por tus manos
quizá curen ellos solos
mejor que todos los bálsamos,
Yo, entre tanto, allí, al *Rabal*,
que el *Rabal* hay que salvarlo.

Adiós, madre, hasta después;
vendré pronto, y vendré salvo;
y si muero ¿qué es la vida
para lo que está pasando?
¡Allá, si muriera, libre;
vivo aquí, quizás esclavo!

Mira qué triste está todo.

¿No ves qué mortal cansancio
preside desde hace días
allá arriba y aquí abajo?
La tierra yerma, baldía;
el cielo gris, aplomado;
el Ebro, mudo y tristón;
el Huerva, silente y manso;
el Gállego, descendiendo
perezoso de sus altos;
las nieves, las tercas nieves,
cubriendo como un sudario
desde la cumbre a la falda
las vertientes de Moncayo...
¡Conque, madre, hasta después,
que el *Rabal* hay que salvarlo!

II

¿Cómo fué? No sé decirlo.
¿Qué pasó? No sé contarlo.

Mucha gente, mucho humo,
 mucha sangre y mucho estrago.
 ¡Qué jornada, madre mía,
 la jornada del asalto
 ¡Y cómo el fusil de padre
 ha respondido a mi enfado!

.....

Eran bastantes los nuestros
 y eran legión los contrarios,
 muchos miles, muchos miles,
 imposible de sumarlos.
 En correcta formación
 dan el frente, denodados
 se acercan cada vez más
 entre disparo y disparo,
 y al ver en la batería
 que era inminente el asalto
 los *rabaleros* pretenden
 emprenderla a cañonazos,
 cuando así, con voz de trueno,
 grita don Manuel Velazco:
 «¡Quieto todo el mundo, quieto!
 «¡Alto, *rabaleros*, alto!
 «Quien intente a los cañones
 «tocar sin previo mandato,
 «antes que a manos francesas
 «ha de morir a mis manos.

«¡Quieto todo el mundo, quieto!
«Yo lo ordene, yo lo mando.»
Y su espada refulgía
ígneas y fieras como un rayo.
Hubo un instante de asombro,
de asombro, sí, no de pasmo,
y allí quietos, a pie firme,
al invasor esperamos.

Ya se acerca, ya nos toca,
ya la lucha es brazo a brazo;
pero, en el mismo momento
en que se inicia el asalto,
«¡Fuego!» con voz estentórea
grita el coronel Velasco...
y los veintidós cañones
hasta la boca cargados
rompieron súbitamente
en un solo cañonazo.
¡Y, al barrer de la metralla,
todo limpio, todo rasol
Después, la fusilería
y la bayoneta al cabo
inclementes y furiosos
pusieron fin al estrago.
Y allá fueron, allá fueron,
los invasores odiados,
rotos, deshechos, barridos,

Dios sabe dónde a contarlo.

.
 ¡Qué gozo a un tiempo y qué penal
 ¡Qué mezcla de risa y llantol
 ¡Qué pródigo y qué cruel
 suele ser el amor patriol
 ¡Pobres madres, pobres madres
 las de esos pobres soldadosl
 ¡Pero era el *Rabal* primero,
 y era forzoso salvarlo!

.
 ¿Sangre dices? No, no es sangre,
 déjala correr, es bálsamo,
 que la herida de la patria
 poco a poco va curando.

Observa qué cambio en todo
 después del triunfo alcanzado.
 La tierra parece otra;
 el cielo, de azul y claro;
 El Ebro corre hacia el mar
 locas victorias cantando;
 el Huerva, otra vez riente,
 besa sus valles amados;
 el Gállego a grandes brincos
 desciende de sus picachos.
 Mira más blanca la nieve;
 mira más alto el Moncayo ..

¡Ve tornarse en rojo y oro
todo cuanto estás mirando!

.....
¿Más sangre? Sí, mana más;
las fuerzas me van faltando...
Guarda ese fusil que padre
llevó siempre y honró tanto...
Ven más cerca, junto a mí...
Otro beso y otro abrazo...
Adiós, madre; yo me muero...
¡¡Pero el *Rabal* se ha salvado!!

(Del libro *Al vuelo*)

LA CRUZ DE MI SIERRA

La fe del cristiano,
que todo lo intenta,
que todo lo vence,
que nada le arredra,
escalando la cumbre arrogante
del alto Veleta,
sobre vírgenes riscos, no hollados
ni por hombres, por aves, ni fieras,
piensa alzar en la cima ignorada
una Cruz gigantesca de piedra.

¡Oh Cruz redentoral
 ¡Oh Cruz de mi Sierra,
 solitaria y triste...
 sobre un campo de nieves eternas...!

¡Oh Cruz de mis ansias
 y de mis tristezas!
 Tú serás, en la fiera borrasca,
 el faro y enseña,
 que al náufrago muestre
 la andaluza y tranquila ribera.
 Tú serás ¡oh mi Cruz! la gallarda
 y altiva protesta
 que a las playas moriscas envíe
 ¡la cristiana y heroica leyenda!

¡Oh Cruz redentoral
 ¡Oh Cruz de mi Sierra!
 ¡Que la fe de los buenos te erija,
 por que yo te rece... por que yo te vea!

Treparé animoso
 por la ingente Sierra;
 hollaré con mi planta desnuda
 los remansos de nieves perpétuas...
 llegaré a la cumbre,
 a la cumbre arrogante y soberbia,

y, postrado ante el árbol bendito
de la Cruz gigantesca de piedra,
besaré, con cristiana constancia,
del símbolo santo
la fábrica inmensa...
¡Y al calor de mis besos... acaso
se deshielen las nieves eternas!

¡Oh Cruz redentora!
¡Oh Cruz del Veleta!
¡Que la fe de los buenos te alce,
por que yo te rece... por que yo te vea!

==

Y una vez que tus brazos ciclópeos
en la altura ignorada se extiendan,
protege piadosa
de Granada las fértiles vegas,
la tierra urcitana,
la andaluza y florida ribera,
los valles alegres
de mi infancia lejana y risueña,
el rincón bendecido que guarda
de mi padre del alma la huesa.

¡Oh símbolo santo!
¡Oh Cruz de mi Sierra,
solitaria y triste...

sobre un campo de nieves eternas...!
¡Que la fe del cristiano te alce
por que yo te rece... por que yo te vea!

(Del libro *Sensaciones*)

EN EL NORTE

Sentado en el escarpe de una montaña,
que el Cantábrico fiero rudo tantea,
vuelvo a ratos mi vista, que el llanto baña,
buscando entre la bruma mi pobre aldea.

En lejanos confines, que otro mar toca,
la adivinan mis ansias de desterrado,
recostada al abrigo de ingente roca,
bajo su cielo inmenso, jamás nublado.

Blanca con la blancura de la paloma,
cercada de sus huertos y sus vergeles,
que mimosos la embriagan con el aroma
de sus nardos, sus rosas y sus claveles.

Amante de lo bello, doquier lo halle,
rindo, Norte, a tu suelo ferviente culto;
no hay para mí en tu tierra perdido valle,
ni riachuelo ignorado, ni bosque oculto.

Amigo de los genios de tus cavernas,
conozco las leyendas de tus ruinas,
giro en las espirales de tus galernas
y floto entre los pliegues de tus neblinas.

Pero más que tu sierra brumosa y fría,
tus bosques de manzanos y tus jarales,
prefiero mis riberas del Mediodía,
sus naranjos, sus palmas y sus maizales.

Yo, más que el amor tibio de tus muje-
[res,
melancólicas, rubias y soñadoras,
prefiero los arranques de aquellos seres
de ojos negros y trazas de reinas moras.

Y más que tu lenguaje severo y frío,
que el concepto más amplio ciñe y acota,
prefiero la cadencia y el murmurío
de mi charla andaluza, viciada y rota.

¡Oh noches deleitosas de mi Almería,
llenas de luz, de aromas y de cantares!
Del Norte en la brumosa región sombría
son girones de niebla los luminares.

¡Oh fiesta improvisada bajo la parral
¡Oh cita misteriosa junto a la rejal
¡Oh pregón incopiable de la guitarra,
que es plegaria y es himno, suspiro y que-
[jal

.
Yo más que la Montaña brumosa y fría,
los bosques de castaños y los jarales,
prefiero mis riberas del Mediodía,
sus naranjos, sus palmas y sus maizales.

(De *Sensaciones*)

Don José Durbán Orozco

Sensitivo y doliente poeta lírico, que nació en Garrucha en 1865 y fué oficial de la Delegación Provincial de Hacienda de Almería. Don Francisco Cuenca Benet en su *Biblioteca de Autores Andaluces* (t. I, La Habana, 1921, página 115) bosquejó de él la siguiente semblanza:

«Eminente poeta, era uno de los pocos que, según la expresión de un crítico notable, pensaban más alto y sentían más hondo en España. Muy joven, y casi al mismo tiempo que su paisano el ilustre Villaespesa, se dió a conocer como admirable lírico. En sus versos fáciles y sonoros había un fondo sentimental, que encantaba, engalanado con una forma correcta y delicada y con un sello de originalidad, que constituía el máspreciado galardón de aquellas producciones. Durbán sufrió una desgracia terrible: perdió la razón y fué preciso recluirlo en un manicomio. Allí siguió escribiendo poesías hermosas, llenas de grandes amarguras, como su alma y sombrías como su cerebro. En una de ellas protestaba

enérgica, viril y rudamente contra el estigma, que según su creencia trataba de arrojar sobre él la sociedad, y en un arranque admirable decía:

¿Quién puede precisar la incierta raya
que hay entre la razón y la locura?

«Salió del manicomio, curado—al parecer—de su dolencia; pero poco a poco se fué extinguiendo el fuego de la inspiración en su cerebro, hasta rendir la jornada de la vida el día 31 de enero de 1921.»

Dejó publicado un bello libro de poesías con el título de *Tardes grises* (Almería, 1900) y otros dos rotulados *Afanos eternos* y *La sombra* (1903), habiendo colaborado en las *Flores de la Alcazaba* (1890) de su paisano don Miguel Jiménez Aquino y haciendo varias traducciones de las poesías de Stecchetti.

TARDES GRISES

¡Qué hermosas son las frías tardes de
[invierno
cuando en girones blancos la densa nie-
[bla,
del cadáver del mundo sudario eterno,
de fantásticos seres los aires puebla!

*Pensativo en lo inmenso, trémulo flota
el genio de la vaga melancolía,
que las aspiraciones del alma agota,
dando luz a la noche, sombras al día.*

¡Oh genio misterioso, que haces alarde
de convertir en dulce lo que es amargo!
¡Al verter tus tristezas sobre la tarde,
despiertas mi memoria de su letargo!

Tú a mis enjutos ojos el llanto traes
en estas misteriosas tardes tranquilas,

cuando con blando suelo sobre mí caes
y te asomas al fondo de mis pupilas.

¡Yo te amo! Por tus brazos acariciado,
soñando con benditas pasadas horas,
en el mar me sumerjo, jamás sondado,
de divinas tristezas halagadoras.

Que vivo de tus nieblas en los países;
y todo aquello miro que adoro y quiero
en tu impalpable manto de nieblas grises:
la imagen de mi madre, mi amor primero;

de la niñez hermosa los dulces días,
exentos de cuidados y de amarguras;
recuerdos de las negras desgracias mías
y recuerdos eternos de mis venturas.

Del astro-rey a veces la mano armada
con fúlgido y brillante rayo incendiario
atraviesa las nubes como una espada
hiriendo las veletas del campanario,

y arrancando a la tarde chispas de oro
que se hunden en las grises tonalidades
de ese cielo sombrío que tanto adoro,
porque calma al mirarlo mis ansiedades.

En las rientes tardes de Primavera,
no así se oculta triste del sol el rayo
que vibra por la ardiente cerúlea esfera
con la alegría loca de Abril y Mayo;

que entonces ese rayo de luz dorada,
en que del día laten los mil fulgores,
llega hermoso a la tierra vieja y cansada
y arranca de las cosas vivos colores;

enciende de los mares la superficie,
dora de los arbustos las verdes hojas,
y de los campos tuesta la ancha planicie,
enviando a los llanos sus lenguas rojas.

Bellas son esas tardes de Abril y Junio
cuando del sol al beso brotan las flores;
y palpita en las noches de plenilunio
el vivo Dios fecundo de los amores.

Mas yo adoro la tarde de invierno fría,
y aliento, de la madre naturaleza,
mejor que entre los rayos de la alegría,
entre las nieblas grises de la tristeza.

(Del libro *Tardes grises*, Introducción)

PARÁFRASIS

(STECCHETTI)

I

—Corazón, corazón mío,
¿porqué no siento ya el brío
de tu latido violento?
¿porqué te ahoga el desaliento
y languideces de frío?

Yo te siento acurrucado
dentro del pecho encogerte
como un pájaro asustado,
y tu latido apagado
es un latido de muerte.—

Lloré con negra aflicción,
y a mis preguntas abierto
por misteriosa ilusión,
respondió mi corazón
muy triste: «El amor ha muerto.»

II

—Corazón, corazón mío,
presa de incurable hastío,
que en mi pecho acurrucado
como un pájaro asustado
te estás muriendo de frío.

Contéstame antes que mueras
de frío y melancolía:
Si ha muerto el amor, ¿qué esperas?
¿porqué guardar lisonjeras
esperanzas todavía?—

Lloré con negra aflicción,
y con voz que aún mi alma hiere
con su inolvidable son,
respondió mi corazón:
«¡Ayl el que no espera, muere.»

(De *Tardes grises*)

LA PRINCESA RUBIA

La princesa rubia, triste y pensativa,
marcha por un bosque que guarda un te-
[soro.

Marco de su frente, de su frente altiva,
suelto al aire ondea su cabello de oro.

Sueña en nebulosos ignotos países,
que alumbra tan solo la luna de Enero;
sus ojos azules tienen tonos grises,
tienen tonos grises de color de acero.

Camina, camina... Cubren los encajes
su azul vestidura, que la brisa mueve;
y ve en lontananza sombríos paisajes,
sombrios paisajes cubiertos de nieve.

Los encajes riman monótonos sonos
al compás sũave de sus pies pequeños...
—¡Oh princesa rubia de mis ilusiones,
de mis ilusiones y de mis ensueños!

¿Dónde está el tesoro? Dime el ignorado
lugar donde oculta su riqueza el bosque;
no dejes, no dejes que a mi pecho helado
su serpiente negra la ansiedad enrosque.—

Pálida me mira; sin cesar avanza
en silencio triste por aquel sendero...
¡Misteriosa esfinge, su pupila lanza
resplandores grises de templado acero!

¡En vano la llamo, y en vano pregunto...!
Sin oír la queja, que mi esfuerzo agota,
la princesa sigue sin cesar un punto
del sombrío bosque por la senda ignota.

Sigue, sigue, sigue... Tiemblan los enca-
jes
de su azul vestido, que la brisa mueve...

.
¡Oh Dios, solo veo sombríos paisajes,
sombrios paisajes cubiertos de nieve...!

Y bajo el obscuro palio de la lluvia,
cual pintada imagen de chinos países,
¡siempre la princesa, la princesa rubia,
en mi rostro clava sus pupilas grises...!

(Del libro *Tardes grises*)

EL HASTÍO DEL SOL

Estrellas de esmeralda y de topacio
pueblan lo azul... La luna soñolienta,
como enorme pupila amarillenta
de un ojo inmenso, brilla en el espacio.

Los astros palidecen... Ya, despacio,
se acerca el alba gris y cenicienta...
Tengo el alma cansada y vacilenta,
y siento el cuerpo fatigoso y lacio.

La estrella virginal de la mañana
brilla en el cielo pálida y lejana,
entre las claridades misteriosas ..

Y surge el sol sobre las auras frías,
cansado de alumbrar todos los días
los mismos hombres y las mismas cosas.

D. José Luis Fernández Alvarez

Nacido en Vúcar el 21 de noviembre de 1871 y muerto en Almería en marzo de 1930. Cursó con aprovechamiento los estudios de Filosofía y Letras, así como los de Derecho, demostrando una gran predilección por el conocimiento del árabe. Fué redactor del periódico *La Alpujarra* y director de *El Regional*. Cultivó con entusiasmo la poesía, pero graves reveses de fortuna y una dolorosa parálisis que entorpeció sus miembros cortaron el vuelo al desarrollo de su actividad. Dejó sin embargo varias obras, como fueron: *El Cardo*, poema de Ossian (traducción); *El Mulahacen*, poema (Madrid, 1902); *El juguete*, poesía

(n.º 166 de *El Guadalquivir de Andújar*); *Sensitivas* (un tomo); *Historias del tiempo viejo: El Cristo del «Escucha»* (tradición almeriense), folleto (Almería, 1920); y tenía en preparación *Cosas más* (versos) y *Consejas* (cuentos).

PEDESTALES

Voy cruzando silencioso
avenidas solitarias
del inculto jardín viejo
de una quinta abandonada.

El astro rey sus fulgores
en el Occidente apaga:
harapos de antiguas sedas,
teñidas de ópalo y grana,
fingen las ligeras nubes
con que se envuelve el monarca
y despiertan en mi mente
ecos de glorias pasadas...

Los árboles se despojan
de sus vestiduras pálidas
y como puntas de encaje,
que tejieran manos de hada,
sobre el fondo azul del cielo
se miran las secas ramas.

El otoño ya preludia
su monótona sonata;
los melancólicos sauces,
del bosque dolientes harpas,
agitados por el viento

dulces melodías cantan,
como si mano invisible
tañera sus cuerdas lacias...

Por todas partes me acosan
evocaciones lejanas...

Las marmóreas esculturas
que las sendas adornaran,
al pié de sus pedestales
ahora yacen mutiladas...

¡Yo también en otros días
los senderos de mi alma
poblé de ídolos hermosos
que hoy destrozados se hallan!...

Al recordar, muertos dioses,
la fe con que os adoraba,
al contemplar cómo el mundo
vuestros altares profana,
lleno el pecho de congojas,
ante vuestras rotas aras,
aún articular pretendo
por vuestra memoria santa,
igual que en tiempos pasados
una ferviente plegaria
y, no puedo, dioses míos;
porque las fuerzas me faltan...

¡Porque me ahogo de pena,
pedestales sin estatua!

R. P. Fr. Alfonso Gázquez Zapata O. P.

Inspirado poeta nacido en Almería el 2 de marzo de 1876 y fallecido en Madrid el 3 de febrero de 1928. Hizo sus primeros estudios en el Seminario de Almería, luego ingresó en la Orden de Santo Domingo, y, después de haber residido en Corias y en Salamanca, pasó al Convento de Vergara, donde permaneció algún tiempo desempeñando entre otros cargos los de Catedrático y Vicedirector de la revista *El Santísimo Rosario*. Allí publicó varias de sus obras, como son: *Auroras*, colección de poesías (1907), *Luis de Bregenz*, novela corta (1908), y *Lourdes, recuerdos de mi romería*, crónica de un viaje (1910). Aunque alejado de su ciudad natal, siguió colaborando en la prensa de esta pobla-

ción, escribiendo muy sentidas poesías bajo el seudónimo de «Luis Florentino». Como miembro de la Orden de Predicadores, sobresalió también en el púlpito, distinguiéndose como delicado orador de palabra fácil y galana.

VACIO DEL ALMA

Ven otra vez, lira mía,
ven otra vez a mis manos,
y cantemos en la cumbre
de aquel monte solitario.

Dirán los de las campiñas
que nos hacemos pesados
con tan continuos suspiros,
con tan monótonos cantos.

Nos dirán que aquí tenemos
de mieses dorados campos,
pintorescas alquerías,
horizontes dilatados,
alondras y tomillares,
y sencillos aldeanos
que nos quieren y desean
«sernos útiles en algo».

Y es verdad; pero nacidos
en aquel país lejano

donde el mar ruge o suspira
en el negro acantilado,
donde yerguen sus almenas
viejos morunos palacios,
donde la flor del almendro
perfuma el aire templado
y el ruiseñor cuelga el nido
de las ramas del naranjo;
nacidos allí, tan lejos,
no podemos recrearnos
en estas llanuras pardas
de los pueblos castellanos.
Sus brisas no son las brisas
que suben del mar salado,
sus campanarios no suenan
como aquellos campanarios,
sus álamos no dan sombra
como dan aquellos álamos,
ni sus campesinos cantan
como aquellos aideanos...

Castilla, noble Castilla,
eres buena y yo te amo.
Al huérfano das abrigo,
reverencias al anciano,
es la honradez el emblema
de que nunca has renegado,

eres rica, porque dan
trigo abundante tus campos,
y la fe conservas pura
que tus padres te legaron.

Pero aquí en mi corazón
siento un vacío nostálgico,
grande como el mar que besa
aquel rinconcito patrio
donde suspira mi madre
y mi padre está enterrado.
Vacío que tú no puedes
ni jamás podrás llenarlo
con tus ricas alquerías,
con el canto de tus pájaros,
con tus bellos horizontes
ni con tus trigos dorados.

Sigamos, lira del alma.
nuestra nostalgia cantando
al pie de la encina vieja
en el monte solitario.

Puede que en alas del viento
lleguen los ecos amargos
a nuestro país bendito
y sepa que le lloramos.

(Del libro *Auroras*)

A LAS LÁGRIMAS DE LA VIRGEN

Iban cayendo las sombras
sobre la ciudad deicida,
trocándose en noche oscura
las luces del claro día
Iban huyendo las aves
y dejando la campiña
de aquella ciudad, orgullo
y gloria de Palestina.
Vagaban sobre las cumbres
grupos de nubes plumizas,
y encima de ellas el trueno
bramaba con roncadas iras.
Mudos volaban los céfiros,
pasaban mudas las brisas,
y mudas iban las fuentes
por las cañadas sombrías.
Y sobre el triste Calvario,
mirando una Cruz bendita,
y una frente coronada
de una corona de espinas,
y unos ojos cristalinos
que amorosamente miran,

y unos labios entreabiertos
que bendicen y agonizan,
llorando estaba una Madre,
llorando estaba María.

Yo quiero llorar contigo,
Madre de Jesús dulcísima;
quiero sentir tus sentires,
quiero sufrir con tus cuitas,
quiero hacer de tu dolor
la corona de mi vida.

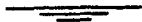
Mas ¿en dónde tengo lágrimas
como las tuyas, María?...

Lágrimas tengo, Señora,
pero son lágrimas mías,
y lágrimas de los hombres
lágrimas son egoístas:
estas lágrimas no valen
al pie de la Cruz bendita!

~ Lágrimas que desde el fondo
del corazón de María
salís a los ojos bellos
de esa Madre dolorida;

lágrimas que vais rodando
por esas castas mejillas
que son encanto de Dios,
luz de la gloria divina;
lágrimas, en fin, que sois
las señales inequívocas
del dolor de los dolores,
caed en el alma mía.
Caed y la lavaréis
de su impureza nativa,
y entonces podré llorar
al pie de la Cruz bendita.

(Del libro *Auroras*)



MIS CANTOS

Yo no copio mis cantares
del ronco son de los mares,
ni del trueno que semeja
la airada voz del Señor.

Son de la fronda el murmullo,
de la paloma el arrullo,
y el zumbido de la abeja
que liba de flor en flor.

En la luz de la alborada,
en la luna plateada,
en la noche silenciosa
y en el reposo del mar,
hallo siempre el dulce acento
que responde al sentimiento
y a la fuerza misteriosa
que dan vida a mi cantar.

En todos los corazones
han de sembrar mis canciones
un dulcísimo consuelo
de amor, de esperanza y fé;
 porque son los ideales
de mis cantos, eternos
notas venidas del cielo
que en mis estrofas copié.

 Cuando me ciña la muerte
con aquel abrazo fuerte,
con aquel abrazo frío,
que es el abrazo final,
 bajaré a la sepultura,
sin temor, sin amargura;
porque el dulce plectro mío
no ha cantado nunca el mal.

(De *Auroras*)

D. Francisco Villaespesa Martín

Fecundísimo poeta lírico y dramático, nacido en Laujar de Andarax el 4 de octubre de 1877. Hizo sus primeros estudios en el Instituto de Almería y los de la carrera de Derecho en Granada, pero aficionado desde niño a las bellas letras consagróse en cuerpo y alma a ellas, especialmente a la poesía, siendo infinito el número de sus inspiradas producciones. Recordaremos, entre las líricas, *Intimidades* (1898), *Flores de almendro* (1898), *Luchas* (1899), *Confidencias* (1899), *La copa del rey de Tule* (1900), *La musa enferma* (1901), *El alto de los bohemios* (1902), *Rapsodias* (1905), *Canções del camino* (1906), *Tristitiae rerum* (1906), *Carmen* (1907), *El patio de los arrayanes* (1908), *El mirador de Lindaraja* (1908), etc., etc. En el teatro logró resonantes triunfos sobre todo por *El alcázar de las perlas*, leyenda trágica en verso (1911), y por la tragedia morisca *Aben-Humeysa* (1913), junto a las cuales deben mencionarse *Dofia María de Pad lla* (1913), *Judit* (1914), *El Halconero* (1915),

La Leona de Castilla (1915), *La maja de Ooya* (1917); y otras más. También se ejercitó en la crítica, produciendo estudios como el de *Julio Herrera Reissig* (1910), y sobre todo en la novela, recordándose *La zarza florida* (1908), *Las garras de la pantera* (1912), *Las granadas de rubíes* (1912), *La tela de Penélope* (1914), *Resurrección* (1917) y muchas otras. Como periodista fundó y dirigió las revistas *Vida y Arte*, *Iberia*, *Renacimiento latino* y *Revista latina*. Finalmente ha dado muy brillantes conferencias en América con éxito incomparable, regresando no hace mucho a su tierra natal con la salud gravemente quebrantada. Bibliografía sobre este poeta en F. de Onís, *Antología de la poesía española e hispano-americana*, Madrid, 1934, pág. 233-234.

LAS FUENTES DE GRANADA

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?

Todo reposa en vago encantamiento
en la plata fluída de la luna.

Entre el olor a nardos que se aspira en el
[viento,

la frescura del agua es como una
mano que refrescase la sien calenturienta.

El agua es como el alma de la ciudad.

[Vigila
su sueño, y al oído
del silencio le cuenta

las leyendas que viven a pesar del olvido,
¡y bajo las estrellas de la noche tranquila
tiene palpitaciones de corazón herido!

¡La voz del agua es santa!

¡Quien la profunda música de su acento
[adivina,
comprenderá algún día la palabra divinal...
¡El agua es guzla donde Dios sus miste-
[rios cantal

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?

Una, gorgoteante, suspira entre las flo-
[res
de un carmen, esperando la mano de un
[ensueño
que abra a la blanca luna sus claros surti-
[dores
para dar a la noche sus diamantes de sueño,
y mientras sobre el mármol, una a una,
[desgrana
las perlas de sus ricos collares de sultana.

Algunas se despeñan con ecos de to-
[rrentes
y entre las alamedas descienden rumoroso-
[sas,
arrastrando en el vivo fulgor de su co-
[rriente,
en féretros de espumas, cadáveres de ro-
[sas.

Otra, por las paredes resbala, lentamente,
y entre las verdes hiedras lagrimear se
[siente,
como si poco a poco, por una estrecha he-
[rida,
se fuese desangrando hasta quedar sin vi-
[da.

Las hay ciegas, y en ellas
llora toda la móvil plata de las estrellas.
Hay en el aire tanta humedad, que da frío.
La noche un fresco aroma acuático deslíe.

El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,
y, dominando el gárrulo y eterno murmu-
[río,
se oyen plañir las roncadas serenatas del
[río...

¡La sangre de Granada corre por esas
[fuentes,
y en el hondo silencio de las noches sere-
[nas,
al escuchar sus músicas sobre las viejas
[fuentes,
la sentimos que corre también por nuestras
[venas!

Aduerme nuestro espíritu su musical en-
[canto;
bebemos el ensueño de sus respiraciones,

penetra hasta la carne en lentas filtracio-
[nes
y huye por nuestros ojos en un furtivo
[llanto...

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?
(De *El alcázar de las perlas*)

CANCIÓN DE ZAHARA

Blancos almaizales,
celajes de gasa,
donde, como estrellas
en nubes de plata,
de las granadinas
los ojos brillaban:
puesto que ya nunca
velaréis sus gracias
—así el rey Felipe
en su edicto manda—;

sed humo y ceniza
dentro de estas llamas!

==

Frágiles collares
de coral y ámbar,
topacios, zafiros,
perlas y esmeraldas,
con broches de oro
y engarces de plata,
que sobre los senos
relampagueaban:
puesto que ya nunca
—así el rey lo manda—
podréis enroscaros
en nuestras gargantas;
rompeos en lluvia
de fúlgidas lágrimas!

=

¡Libro que al Profeta
un ángel dictara
a compás del trueno
sobre una montaña:
como no podemos
recitar tus máximas
—así el rey Felipe—;
dentro de esta hoguera

quememos tus páginas,
porque no las manchen
las manos profanas!

=

¡Danza de otros días,
armoniosa danza
de nuestras leleilas
y de nuestras zambras,
en la que, a las luces
de las almanaras,
sobre la alcatifa
de flores bordada,
sueños de amor tejen
las ágiles plantas,
mientras nuestros cuerpos
se encurvan y enlazan
como los rosales
cuanto el viento pasal...
Porque nos prohíbe
nuestro rey danzarla,
¡sollozad, adufes,
y plañid, dulzainas!...
¡Bailemos, doncellas,
hijas de Granada,
en torno del fuego
la última danza!

(De *Aben-Humeya*)

ELEGÍA

Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada.

Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.

Ya tus tejedores no entonan cantares,
mientras sus telares
hilan las más ricas y frágiles sedas...
Mudas se quedaron tus alfarerías...
¡Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdores de tus alamedas!

El agua, que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye
llorando la antigua grandeza pasada.
De tu poderío ya no resta nada...

¡Tu gloria, Granada,
pasó como pasa, bajo el puente, el río!

Hoy entre tus muros no hay un alarife
que teja el ensueño de un Generalife
con gemas y perlas y randas de encajes;
ni al marcial estruendo de atambor sonoro

cruzan por tus plazas los Abencerrajes,
vestidos de plata y armados de oro.

¡Ya las callejuelas de tu Alcaicería
no invade el tumulto, ni la algarabía
de hombres que discuten en lenguas extra-

[ñas;

ni sueñan princesas tras los alhamíes,
ni en Bib-Rambla quiebran, justando, sus

[cañas,

gallardos Gomeles y altivos Zegríes!

¡Ya por Puerta Elvira,

la plebe de activos obreros, no mira
pasar los botines guerreros... Altivos
caudillos, de polvo, de sangre bañados,
que arrastran cadenas de tristes cautivos
por largas hileras de picas guardados;
ni ve los camellos de las caravanas
que vienen cargados

con oro y perfumes de tierras lejanas;
ni entre la arboleda que ensombra el cami-

[no

contempla un relámpago de armas que se

[aleja;

ni de las antorchas a la luz bermeja
levanta palacios dignos de Aladínol...

¡Ya el Darro no copia sobre sus crista-

[les

ojos negros entre nubes de almaizales,
ni a beber sus aguas inclinan los cuellos,
mojando las crines, ágiles corceles,
mientras de la luna los blancos destellos
riman con la albura de los alquiceles!

¡Ya el Genil no riega
las huertas floridas
que pueblan la vega,
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas
soldados que tornan de alguna algarada...
Su corriente gime como avergonzada,
una pena eterna suspira en su canto
cual si en vez de aguas arrastrase llantol

La Alhambra está sola. Entre la floresta
ya no queda un eco de la antigua fiesta.
Bajo los encajes de los ajimeces
la voz de la guzla no solloza amores,
mientras entre aromas y entre ruiseñores
da la luna al mármol áureas palideces.

Ni en las alcatifas de sus patios mudos
tejen odaliscas con los pies desnudos
todas las lascivas danzas del Oriente
entre los perfumes de los pebeteros;
ni por sus mosaicos resbalar se siente
la espuela de oro de altivos guerreros...

¡Granadal ¡Granadal...¡Tu Alhambra está
[en ruinas!

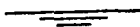
Llorando hasta el Africa van las golondri-
[nas

a dar a tus hijos el triste mensaje,
y tus nobles hijos lloran de coraje,
ensillan los potros, empuñan la espada
y aullando de rabia se van hacia el mar,
y al ver los perfiles de Sierra Nevada
se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!
Y las olas lloran al verlos llorar...

Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada.

Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.

(Del drama *Aben-Humeya*)



Don Gabriel Jiménez Lamar

Literato y periodista contemporáneo, que nació en Dalías el año 1878. Estudió el Bachillerato en el Instituto de Almería y fué compañero de los poetas Villaespesa y Durbán Orozco. Habiéndose trasladado a Cuba, ejerció el periodismo en la provincia de Camagüey y posteriormente en La Habana, donde fijó su residencia. Tiene publicadas dos obras: una de narraciones con el epígrafe de *Cuentos y crónicas* y otra de poesías intitulada *Mis querellas*. De él ha dicho don Francisco Cuenca Benet en el tomo I de su *Biblioteca de divulgación de la Cultura andaluza contemporánea* (Habana 1921): «Perfecto

artista del verso, y peritísimo en el arte de la dición, puede jactarse Jiménez Lamar de sus admirables poesías, en las cuales campea el sentimiento con audacias muy andaluzas o con decaimientos muy humanos».

MI COPLA

De andaluza fiesta
reía en la calle la loca algazara.
De pronto, a mi oído,
vibrando en los ecos de ronca guitarra,
una copla llegó, que en sus versos
una historia triste, de amores, contaba.

La copla era mía... Brotó de mi alma,
cual doliente acorde
que lloraron las cuerdas de un arpa,
una noche de brisas y aromas
reproches y lágrimas,
bajo fresco dosel constelado
de azules campánulas,
frente al cuadro de luz de una reja,
hoy cuadro de sombras que el olvido am-
[para.

La copla era mía...
Latir de una duda que el pecho desgarró;
agonía cruel de una pena
que siempre muriendo, de morir no acaba.

La decía alegre
una virgen de labios de grana,
en el hondo sentir de la copla
poniendo su alma;
y el cantar doliente, de su acento en alas,
con calor de caricia amorosa,

hasta mí llegaba...

¡Pobre copla mía,
para mí ya muerta, por mí ya olvidada!
¿Por qué hasta mí vienes
perdida en los ecos de ronca guitarra;
desbordante de loca alegría
a través de una fiesta gitana?

¡Pobre copla errante,
hoja desprendida, pájaro sin rama,
que naciste al dolor una noche
de mentidas promesas juradas!

¿Cómo a mí te acercas risueña y ufana,
si en tus versos palpita una duda
que fibras desgarras;
si en tu fondo rastrea una pena
que siempre matando, de una vez no acaba?

Yo así no te quiero, copla mía ingrata.
Yo te quiero triste, yo te quiero amarga,
con el dejo de angustia amorosa
que yo te cantaba
bajo fresco dosel constelado
de azules campánulas,
frente al cuadro de luz de una reja,
hoj' cuadro de sombras que el olvido am-
[para,
donde yace en la cruz de unos hierros,
para siempre una dicha enclavada.

Don Fermín Estrella Gutiérrez

Egregio poeta, admirable cuentista y periodista notable, nacido en Almería el 28 de octubre de 1900. Trasplantado tempranamente a La Argentina, graduóse allí de Profesor Normal en Letras, cursando estudios de Derecho en las Universidades de La Plata y de Buenos Aires y obteniendo en esta última ciudad una Cátedra de Idioma y Literatura en la Escuela Normal de Profesores.

Su iniciación literaria data de 1915, fecha de sus primeras publicaciones, habiendo colaborado desde entonces en los más importantes diarios y revistas de La Argentina y del resto de América, siendo crítico literario de la revista de arte *Nosotros* (1926-29) y en la actualidad colaborador permanente de *La Prensa* de Buenos Aires. En abril de 1935 ha fundado el periódico literario *Norte*. Ha dado a luz hasta ahora los siguientes libros: a) de poesías: *El cántaro de plata*, 1924 (Premio de Literatura de la Municipalidad de Buenos Aires); *Canciones de la tarde*, 1925; *La Ofrenda*, 1927; y *Los caminos del mundo*, 1929; b) de cuentos: *Desamparados*, 1926; *El rufo y*

otros cuentos, 1928; *El ladrón y la selva*, 1930; y *El río*, 1933; c) opúsculos literarios: *La revoltosa* (novela corta), 1928; *Un film europeo* (impresiones de viaje), 1930; *La niña de la rosa* (poema), 1931; *Geografía espiritual de Buenos Aires* (estudio), 1933; *Lírica Argentina* (estudio), 1934; y *Prosa Argentina* (estudio), 1934 (estos dos últimos trabajos en alemán). Algunas de estas obras han sido traducidas al alemán, italiano, ruso y portugués, y de todas ellas se han ocupado innumerables escritores y críticos de América y Europa, como Vicente Allende en sus «Discursos imaginarios» (Buenos Aires, 1925), Sylvio Julio en «Ideas e combates» (Rio Janeiro, 1927), Rodríguez Fabregat en «La Razón» de Montevideo, Johanson Franze en «Deutsche La Plata Zeitung», Bonilla y San Martín, José María de Acosta, etc.

También ha actuado en las esferas educacionales de La Argentina, habiéndole encomendado el gobierno la reforma de los planes de estudio y programas de las escuelas primarias, designándosele Inspector Técnico y Sub-Inspector General de Escuelas de Nuevo Tipo (1930). Con tal motivo publicó diversos trabajos de carácter didáctico sobre la enseñanza escolar y la educación.

En su libro *Los caminos del mundo* (impreso después de un dilatado viaje por Europa) inicia una renovación de su lírica, orientada hacia una mayor audacia de la imagen.

EL CÁNTARO DE PLATA

Lleno estás de ilusiones, mi cántaro de
[plata;
yo no sé quién te puso frente a mi vista un
[día;
en el cristal de tu agua mi rostro se retrata
y al tocarte mis dedos, se escucha tu ar-
[monía.

En plata de quién sabe qué tiempos te
[han labrado;
eres antiguo y noble, mi cántaro sonoro,
y duerme entre tus sombras un sueño per-
[fumado
de todos mis dolores el místico tesoro.

Con mano temblorosa me afiancé de tus
[asas
y bebí, largamente, de tus aguas dormidas;

aplacaron su fuego las escondidas brasas
y curaron del todo mis íntimas heridas.

Mi cántaro de plata, que llevo sobre el
[hombro
en el peregrinaje sin fin de mis quebran-
[tos,
que me llenas el alma de un revelado asom-
[bro
y que luego te vuelcas en mis amargos
[cantos.

Como tú, es mi espíritu, y como tú pro-
[diga
su música y el agua clara de sus ensue-
[ños;
la canción que en mí llevo mi misma sed
[mitiga
y los labios se tornan húmedos y risueños.

Cántaro milagroso, conserva siempre pu-
[ra
el agua cristalina de mi amor y mi pena,
y viértete en las almas y dales tu frescura
y verás la canción como se vuelve buena.

(Intróito de *El cántaro de plata*)

LOS TEROS

En la orilla de la laguna
los teru-teru se hacen coro
con la estridencia inoportuna
de sus cien pífanos de oro.

Sobre el matiz verde del campo
sus cuerpos grises se diseñan;
brilla en el cielo un postrer lampo
y las azules aguas sueñan.

—¡Teru-teru!—se oye en el aire
con su insistente voz porfiada,
mientras pasean con donaire
junto a la próxima nidada.

A veces alzan en el cielo
su circular vuelo nervioso,
gritando siempre con recelo
si notan algo sospechoso.

Y en el silencio de la hora,
 su familiar grito de alerta,
 como una flecha cimbradora,
 se hincó en la leve sombra incierta.

—¡Teru-terul—se oye en la orilla
 de la laguna silenciosa.
 Y el sol de otoño apenas brilla
 sobre la quieta agua azulosa.

(De *La Ofrenda*)

UNA VOZ EN EL MAR

(*Recuerdos de Almería*)

Sobre el alambre lírico
 peripecia de muerte
 y un temblor de retorno.

Fleco de espuma blanca
 el que cubre la roca
 para que vuele el águila.

¡Castillo de San Telmo!
 El sueño no lo niega
 y él se duerme en el mar.

El viento de azucenas
va a la escuela de párvulos
y se apoya en la tapia.

Sueño el que ella sueña
tan sola bajo tierra
desde hace ya diez años.

En malecón borroso
viento y canción pelean,
y el faro brilla, lejos.

Ceñida muchedumbre
de voces, ¡muertas voces!
Quién pudiera morirse.

Cesto de nueces y uvas
al niño lleva el ánade.
Niño pálido, ¿lloras?

El viento de azucenas
fué apagando la tarde.
Y el mar enciende luces.

(De *Los caminos del mundo*)



E L E G I A

—Gozoso nombre, que escribí en el cielo,
¿dónde lo escribiré, si ya no es mío?
—Dáselo al agua, y que lo lleve el río.

—Recuerdo de su voz, música de án-
[geles,
¿qué haré con él, si no se va del todo?
—Dáselo al viento, y que lo mate pronto.

—Amor, único amor— dicha y tristeza—
¿quién lo traerá, si se voló tan alto?
—Cierra los ojos, y estará a tu lado.

(De *La niña de la rosa*)

DON JOSE MARTÍNEZ ALVAREZ DE SOTOMAYOR

Ilustre poeta lírico y autor dramático, que ha acertado a llevar a la literatura el lenguaje regional almeriense, forjando con él bellísimas poesías. Nació en Cuevas del Almanzora el 28 de septiembre de 1880. Inició sus trabajos literarios colaborando en el semanario local «El Almanzora» y en la revista de Granada «La Alhambra». En 1913 editó en Madrid su primer libro de poesías, *Mi terrera*, ocultando su nombre bajo el pseudónimo de «Ozmin el Jarax». Ocho años después obtuvo su más resonante triunfo con la obra *Rudezas* (Madrid, 1921), hermosa colección de poesías regionales, aplaudidas primero en el Ateneo de Madrid y calurosamente elogiadas por la prensa. Posteriormente ha publicado: *La Seca*, drama rural (Madrid, 1923), *Los lobos del lugar*, drama político-social (Cuevas, 1924); *La Enlutsica*, tragedia rústica (Cuevas, 1925); *Alma campesina*, poesías varias (Madrid, 1930) y *Campesario* (1935). En 1928, 1930 y 1935 se han repre-

sentado con gran éxito en Almería sus dramas regionales *Pan de sierra*, *Honraez* y *Entre parrales* (los dos primeros desgraciadamente no han sido impresos aún, y el último ha empezado a ver la luz en la revista almeriense «Voluntad»). Hoy tiene en preparación otros tres libros más titulados: *Romancero del Almanzora*, *Los Caballeros del campo* y *La Voz de los pájaros*.

LA SECA

Denda que tuvemos aquella derrota,
dos años van secos; pero arremataos:
sin que escurra el cielo maldecía la gota,
sin que naza guierva ni pa los ganaos.
¡Que más que en los hondos ni la grama
[brotal

Sin pial siquiera van los jorriones,
esesperaficos, faltos de comía,
en bandas pa'l pueb-lo como exalaciones,
y al irse nus dejan el alma encogía
y se ponen tristes nuestros corazones.

Los soles y el viento m'han desquebra-
[jao
astiles y trillos: to lo q'es maera.
Crujen los postigos; s'agrieta el arao,
y zurren a cañas d'una rastrojera
los palos d'olivo del viejo chambao.

Y el probe que pierde la esperanza y pe-
 [ca,
 ¡ni pa que tampoco presine su frente
 si a Dios s'ha golvío, tié agua en la ciecal
 Y si va a la fuente, no hay agua en la fuen-
 [te,
 y si va a la cimbra, la cimbra está seca.

A la mar fí un día, y al mirar sus olas,
 y al sentir de cerca su recio zumbío,
 ensilao en sus frailes y en sus cabriolas,
 se m'afiguraba q'era nuestro río,
 pregonao al toque de las caracolas.

Y sin desnuarme, agua a la cintura,
 como cuando hacemos toma en la boquera,
 refresqué mi sangre d'esta calentura,
 ¡q'hace de los campos una calavera
 y de nuestros cáuces una sepoltural

Campos azotaos del sol y del viento.
 ¡cuándo tendréis agua dasta que sus so-
 [brel
 ¡Quién juera podío con el pensamiento
 hacer a las olas limpias de salobre
 romper donde alumbra güestro nacimiento!

Asín que vivemos perdíos los afanes;
 sin sentir de noche zurril las jitaras;
 tristes los pastores, muos los jañanes.
 ¡Ya no canta naide más que las chicharras,
 ni la tierra cría na más q'alacranel

Mil veces llorando me dejé el cortijo,
 viendo mi higuérica falta de verdura,
 estiraos sus frazos como un crucifijo...
 ¡y eso que la cudio con tanta tiernura
 como un padre güeno pué cudial a un hijol

Pero manque errame la suor a caños
 y en cavilaciones m'estallen las sienes,
 yo sé q'en la vida na dura cien años,
 que no hay nunca males que no trayan
 [bienes,
 ni se llega a viejo sin mil desengaños.

Y manq'el gentío clama y se esespera
 y a otra parte emigra lo mesmo q'enjam-
 [bres,
 yo eché aquí raíces pa mientras viviera,
 y labrando sigo si pasara hambres,
 asperando el agua... ¡dasta que me mueral

LA ENLUTAICA

Zagalica, ¿por quién llevas luto

que te s'adespega

de tu cara y tus ojos azules

esa ropa tan lisa y tan negra?

¿S'ha muerto tu madre?

—¡Yo no tengo madre!

—¿Pos quién te s'ha muerto pa'l luto

[que llevas?

¿Es tu padre, hermosa?

—¡Si yo no he tenido

nunca en este mundo ni quien se me mueral

Yo soy sin familia.

Denda mu pequeña,

solica mi alma,

vivo en una cueva

q'es como un bujuero

qui siquiá tié puerta;

y está tan cafa,

tan chata, tan vieja,

tan honda, tan húmeda...

que se juyen d'ella

denda el morceguillo

dasta las culebras.

Y entoavía el bujuero ¡icen que tié amol;
 que si m'arrecojo drento de la cueva
 es por una gracia
 que mientras la viva tendré q'agraecerla.
 Pido en los cortijos, por q'allá en el pueb-lo
 ¡como semos tantas pa una casa mesmal
 Pero pocas veces m'he acostao con ham-
 [bre;
 siempre hay pa los probes una mano güena.
 Y eso de la ropa que m'ha preguntao,
 pa que osté comprienda,
 es otra limosna.
 ¡Siempre sobra un sayo q'a nadie aprove-
 [chal
 y los llevo azules, si los dan azules,
 y si son destrechos, tengo q'il destrecha...
 y como las ropas
 mus las dan tan viejas,
 al poco d'usarlas
 las carnes enseñan,
 ¡y hay que pidil otras
 siquiá de vergüenzal
 Danteyer venía d'azul y encarnao;
 y ayer, en la ig-lesia,
 una señorita me llevó a su casa,
 me dió esta chaqueta,
 me dió esta faldica

y un cacho de tela
 pa que la remiende,
 y este pañolico, y esta delantera.
 ¡Iba ya tan rota, y estoy ya tan grande
 pa enseñal las piernas!
 Asina es que vengo tan enlutaíca
 sin que lleve luto... ni por mi cabeza
 pase que me caya, porque soy tan sola...
 ¡que tampoco tengo ni quien se me mueral
 Cuando las señoras, dimpués de sus lutos,
 s'hacen ropas nuevas,
 a las probéticas nus dan los jñapos
 negros que les quean.
 Y cuando a sus casas
 güelve la tristeza
 d'otro luto, entonces
 nus dan de limosna sus ropas de fiesta.
 No sé qué defunto será el olviao,
 pa que la señora que me vió en la ig-lesia
 me diera estos sayos, que al tomarlos dije...
 lo que siempre digo: ¡Q'el Señor lo tenga
drento de su glorial
 Y, como quien reza,
 siempre les prenuncio
 las palabras mismas,
 sean las ropas blancas...,
 sean las ropas negras...

¡Yo soy probetica y sola como naide;
no tengo en el mundo ni quien se me mueral
y si llevo luto...
¡¡es porque la gente de luto me llevall

LOS LOBOS

Mi agüelo, q'esté en gloria, nus decía
d'esta sierra pelá que nus rodea
—casquijo muerto que ni bojas cría,
que no tié pa l'invierno una guaría,
y en verano arde al sol como la tea—

que sus agüelos d'él, cuando zagales,
de boca de los suyos asintieron,
q'hubo allí un hervior de matorrales
y un pinar, ¡que en los rúos temporales
sus copas en las nubes escondieron!

Q'allí el hombre de mala cataúra
s'ocultó de sus crímenes y robos;
y al cruji del ramaje en la espesura
en el silencio de la noche oscura,
¡rechinaban los dientes de los lobos!

«¿Y eran muchos, padre?», los labios fríos
de miedo, los zagales preguntaban,
debajo de sus mantas escondíos.

—¡Eran tantos, los lobos, hijos míos,
que de la vega al pueblo nos echaban!

Pastores ecedíos..., ¡o cansaos!,
—porqu'es a veces el valor cansera—,
s'acostaban de noche acorralaos
de lumbre en sus apriscos; y alocaos,
daban güeltas los lobos a la hoguera.

Y de mañana, al apuntar el día,
la dura gente, en prosección extraña,
a su labor y a su quehacer golvía,
dasta qu'el sol de nuevo se perdía
tras el largo pinar de la montaña.

Ya la gente labriega, por costumbre,
daba al lobo a la tarde su batía;
dimpués, el matorral ahogó en la lumbre...,
¡y hubo una noche en que la misma cum-
bajo las llamas del pinar ardía! [bre

Ya q'hizo el fuego los pinares trizas
y pa los siglos desbastó la sierra;
y al sol escurecieron sus cenizas...,

¡y sonaron alegres las postizas,
y cautivaron sin temor la tierral,

hubo un viejo, q'al ver desapareció
aquel verdor, ¡que su verdor acuerdal,
dijo llorando: «La lobá s'ha huyó;
pero el lobo... ¡en el pueb-lo s'ha escondíol
¡Ya lo sabréis cuando rabioso us muerdal»

Y pasaron los años. La alegría
se huyó del pueb-lo y s'anió en las chozas;
y de noche, en lugar de la jauría...,
¡sonaba la guitarra, como hería
del querel de los mozos a las mozas!

Pero un invierno, muerta la espesura
q'al suelo sujetaba los casquijos,
hizo el agua barrancos la llanura,
¡y hubimos de entregarnos a la usura
que chupara la sangre a nuestros hijos!

Y entonces, ¡ay!, como nus dijo el viejo,
¡ya jué escondite la ciudá del robol
y entró a la vega el fisco y el concejo...,
y el lobo, al fin, nus arrancó el pelejol...
Pero ¡qué lobo el del lugar!..., ¡¡qué lobol!

Y se jueron los hombres a millares,
y poco a poco emprobeció la España...
¡Oh, quién viera esos secos cascajares
cubiertos de malezas y pinares,
pa qu'el lobo... golviera a la montaña!

Don Luis G. Huertos Rull

Renombrado novelista, poeta y autor dramático, nacido en Almería el 18 de febrero de 1883. Estudió en el Instituto de Almería, graduándose de Bachiller el 5 de julio de 1899, pasando luego a Granada, donde cursó la carrera de Leyes. Consagrado a la literatura, ha cultivado más que nada la novela, ejercitándose en el género psicológico y descriptivo, propio de la escuela denominada verista, publicando numerosas obras de carácter crudamente realista y naturalista. Su producción es copiosa, habiendo dado a la estampa hasta ahora las siguientes: *Hampa*, boceto de novela (Almería, 1903), *Rerum* (un tomo), *Miseria errante*, *Vida rota*, *La tristeza de amar*,

Los ojos de la esfinge, Ansias de vida, Los adioses trágicos, y Los cuervos; como obras dramáticas: *Magdalena, Allende el deber y El amor pasa cantando*, y como poesía lírica la compilación principalmente de sonetos intitulada *Hidalgua* (Madrid, 1913).

MI SONETO

Llevo dentro del alma romántica y altiva,
la invencible firmeza del alma castellana;
e inspira a mis sonetos aquella edad lejana
que fué, de mi áurea patria, la Gloria fiel
[cautiva.

Bajo mi erguida frente, en que el honor
[se aferra,
está vivo el recuerdo de aquel tiempo or-
[gulloso
de hidalgos y de condes, de aliento valero-
[so,
vendidos a las damas y fuertes en la guerra.

En el solar heroico de mi estirpe alta-
[nera
florecieron señores de pendón y caldera,
prelados, capitanes, abades y poetas,

y un galante y altivo bastardo aventure-
[ro,
de enjoyada tizona y emplumado sombrero,
que murió por un guante que transcendía
[a violetas.

(Introito al libro *Hidalguía*)

YA LAS ROSAS SE CAYERON...

El jardín tiene misterios
a la luz crepuscular...
Hila una fuente de plata
su cantata de cristal.

Dice la fuente la historia
de un loco amor que pasó:
Fué en la gentil primavera
cuando el amor floreció.

Ya es otoño, ya las rosas
se cayeron del rosal...
El jardín tiene tristezas
a la luz crepuscular...

Ya no hay un calor de nidos
en los ocultos nidales,
ni las golondrinas duermen
en los recios robledales.

En los ocultos senderos
ya no hay huellas de pisadas,
ni entre el ramaje son rojas
bocas de amor las granadas.

Y hay en los muertos rosales
las nostalgias de unas manos,
que los cuiden cariñosas
como en los tiempos lejanos.

En el cenador oculto
bajo un arco de bosque,
han tejido las arañas
su tenue tela de encaje.

Ya en las grietas del estanque,
por el musgo florecido,
los lagartos se buscaron
su honda yaciga de olvido.

Y en el banco del sendero
las floraciones de yedra
borraron un nombre escrito
por el amor en la piedra.

Por la lejana avenida
no te diviso anhelante,
envuelto el cuerpo de Ofelia
en la amplia veste flotante.

Ni de tu faz de jazmines
puedo ver las palideces,

ni es un poema de ensueños
tu voz bajo los cipreses.

Ya es otoño, ya las rosas
se cayeron del rosal.
¡Ya te fuiste, Mariposa,
bajo otro cielo a volar!

(Del libro *Hidalguía*)

Don Juan Millé Giménez

Meritísimo investigador literario, sabio profesor y escritor cultísimo, nacido en Almería el 25 de marzo de 1884. Cursó el Bachillerato en su ciudad natal con notas brillantísimas, y, habiéndose trasladado a la República Argentina, ultimados los estudios de Derecho, simultaneó la abogacía con el cultivo de las Letras, siendo Profesor de Literatura en las Universidades de Buenos Aires y La Plata y últimamente en la de Bonn (Alemania). Profundo conocedor de nuestro Siglo de Oro, en especial del círculo literario de Cervantes, Góngora y sobre todo Lope de Vega; sus publicaciones son abundantísimas, destacándose entre ellas sus estudios *Lope, Góngora y los orígenes del culteranismo* (Madrid, 1923); *Notas gongorinas* (en «Revue Hispanique», 1925-26); *Jáuregui y Lope* («Boletín de la Biblioteca de M. Pelayo», Santander, 1926); *Estudios de literatura española* (La Plata, 1928); *Apuntes para una bibliografía de las obras no dramáticas de Lope de Vega* («Revue Hispanique», 1928); *Sobre la génesis del Quijote* (Barcelona,

1930); edición y anotaciones de las *Obras completas de D. Luis de Góngora* (Madrid, 1932); *Bibliografía gongorina* («Revue Hispanique» 1933); edición y estudio de la *Vida de Estebanillo González* (Madrid, 1934); etc. Como poeta exquisito dió a la publicidad en Buenos Aires en 1923 un tomito de poesías titulado *De la España vieja*, versos.

CATEDRAL - FORTALEZA

[Soneto a la Catedral de Almería]

Ni cornisas de airosa crestería,
ni ojivas, ni calados rosetones;
solo a la vista muestra murallones
tu desdeñosa majestad bravía;

solo la ruda y fuerte sillería,
solo murallas, recios torreones,
altas troneras, sólidos bastiones,
¡oh vieja Catedral, parda y sombría!...

¡Entre las blancas casas, que, humilla-
[das,
bajo tu sombra duermen cobijadas,
tu hosca silueta dominante asomas,

con la actitud de un águila guerrera
que hace irrupción, sañuda y altanera,
entre un bandal de tímidas palomas!...

(Del libro *La España vieja*)

JARDÍN CLAUSTRAL

Yace el jardín bajo la mole oscura
de la elevada Catedral austera:
dijérase una hermosa prisionera,
más bella en su aflicción y en su tristura.

Su celestial ambiente de dulzura
llena de mansa paz el alma entera...
Ansiamos emprender otra carrera
y hacia otra vida caminar, más pura;

dar un adiós a dichas y dolores,
y cifrar de una vez nuestros anhelos
en ser como las plantas y las flores

que entre estos pardos muros encerradas
contemplan la hermosura de los cielos
junto a las viejas góticas arcadas.

(Del mismo libro.)

Don Miguel Márquez Soler

Culto Capitán de Ingenieros e inspirado poeta, nacido en Cuevas del Almanzora el 13 de abril de 1896. Cursó los estudios del Bachillerato en su ciudad natal en el Colegio de Nuestra Señora del Carmen bajo la dirección de los PP. Dominicos e ingresó después en la Academia de Ingenieros Militares de Guadalajara. Ya Teniente fué destinado voluntario en 1921 a los campos de Melilla, distinguiéndose por su valor. Recientemente ha dado varios recitales de sus poesías, por ejemplo, en el Ateneo de Logroño y en la

Unión Ibero-Americana, siendo muy aplaudido. Ultimamente ha dado a luz al mundo de las letras su primer libro de poesías titulado *Mensajeras* (Bilbao, 1935), con un elogioso prólogo de D. Francisco Villaespesa, y tiene en preparación otra obra: *Mi cantar de los cantares*, coplas y romances.

TU MANTÓN

Tapiz de negro crespón
picoteado en colores,
—chinos, pájaros y flores—,
la canción
de anhelos presumidores
al alma de tu mantón.

Rosa de mayo temprana
en ese jardín de seda,
rosaleda
sevillana
donde chinitos de seda
besan tu cara gitana.

Prendido mi corazón
va en tus hechizos divinos,
molinos
de tormentón
que arrastran los remolinos
de viento, de tu mantón.

Y, por donde vas pasando,
en las tardes de paseo,
detrás de tu balanceo
chulo, chulo, chuleando

un infierno de deseo
llevas revoloteando...

Un vuelo en el corazón,
un piropo, cien miradas,
llamaradas
de pasión
y voluntades tronchadas
al filo de tu mantón.

Y, al llegar la Primavera,
en las tardes bulliciosas
afanosas
de la devoción torera,
donde florecen las rosas
del mantón en la barrera;
y en la fiesta verbenera
de San Antonio y San Juan
donde están
las chulas de España entera,
tu mantón es el galán
que te hace ser la primera.

Por eso mi corazón
ve en tus hechizos divinos
molinos
de tormentón
al peinar los remolinos
con los peines finos, finos
de los flecos del mantón.

Don José Fernández Doris

Exquisito y elogiadísimo poeta lírico, nacido en Almería el 13 de marzo de 1896. Hizo el Bachillerato en el Instituto de su ciudad natal y cursó estudios de Derecho en la Universidad de Murcia, obteniendo un destino—que aún ejerce—el de Jefe del Personal en la Cámara Oficial Uvera de Almería. Dióse a conocer como aventajado poeta en 1919, concurriendo a los Juegos Florales de Almería de aquel año, siendo premiada su hermosa colección de sonetos *Garcilaso*, presentada bajo el seudónimo de «Luis Antonio Doris» y logrando accésit su composición *Más allá de las cosas*. Dos años después, en 1921, dió a la publicidad su primer libro de versos intitulado *Horas serenas*, que fué acogido muy laudatoriamente. En prensa, y próxima a ver la luz de un momento a otro, tiene la obra rotulada *Figuras del teatro de Benavente* con prólogo del autor inmortal de «Los intereses creados». También

se espera para plazo muy breve la puesta en escena de su magnífico drama épico-dramático *El Cid*, compuesto de un prólogo y cuatro jornadas en verso. Finalmente tiene en preparación otra nueva colección de composiciones sueltas, anunciada bajo el sencillo y vago epígrafe de *Poesías líricas*.

MARINA

Tarde azul. En la bahía
hay quietud, melancolía...
De lejos, la melodía
de un cantar.

Tal vez algún marinero
que festeja, placentero,
su retorno temprano
de alta mar.

—Verás qué hermoso declina
el sol en el mar, Divina.
Y nuestra barca camina
mar adentro.

Pinta allá una bruja pluma
caprichos de oro y espuma...
Y la luz se torna en bruma
a nuestro encuentro.

—
En la proa, el remero, rudo,
al aire el pecho desnudo,

atiende al oficio mudo
de remar.

El sol se hunde—¡oh sol que adoro!
—Mira, mira, mi tesoro:
parece un ascua de oro
que apaga el mar.

Volvamos, remero amigo,
ráudos; te vendrás conmigo,
y beberemos contigo
por esta tarde.

(Trae la brisa salitrosa
una caricia mimosa.
En la ciudad silenciosa,
la luz arde.)

—. Y tú, mi amor de ojos bellos,
deja pongo en tus cabellos
mi mano. Juego con ellos
suavemente...

Mi amada, tu boca quema.
...Y el marinero, con flema,
hacia el puerto rema, rema
indiferente.

Don Bernardo Martín del Rey

Joven y fogoso poeta lírico, nacido en Fondón el 1.º de abril de 1908 y vecindado en Almería desde 1923. Publicó su primera poesía, «Mater Regina», en el diario *La Crónica Meridional* en 1931, y al año siguiente dió a luz su primer libro intitulado *Cuarzo aurífero* (versos, poesías y poemas místico-ultraístas). Dos años más tarde se representaron en el Teatro Cervantes de Almería sus dos composiciones *El sueño de Marieta* (cuento infantil) y *Camelias y Claveles* (revista lírica en un acto y cuatro cuadros). Próximas a publicarse tiene ya otras varias obras, como son: *Beatriz de Silva* (drama en cuatro actos), *Las sultanas de Córdoba* (interpretaciones líricas de los cuadros de Romero de Torres), *Mari-Barbola* (zarzuela en cinco cuadros, inspirada en el famoso lienzo de Velázquez «Las Meninas»), *Velay* (drama simbólico del ideal español en un acto y cuatro cuadros), *Inmortalidad* (tragedia apocalíptica), y otras más. En las composiciones hasta ahora publicadas se muestra el señor Martín del Rey poeta de asuntos y corte ultraístas; pero al

mismo tiempo «canta con sencilla naturalidad los viejos temas de la fe, del amor, del dolor, de las añoranzas ancestrales y del sentimiento patriótico, manantiales inextintos de eterna poesía». Dotado de exuberante fantasía y de exquisita sensibilidad, bien orientado, el señor Martín del Rey representa una gran esperanza para el mundo de las letras.

INCONSÚTIL

Tengo de carisma piélagos y cráteres.
¿Para qué la quiero?—Para un cenotafio;
para que no quede de mi sepultura,
de los electrones de mi blanca arcilla,
ni el último soplo del último átomo.

¡Que me volatice como luz de pábilo;
y en el vacío hueco de mi cáldeo cráneo
aniden luciérnagas, lechuzas y buhos,
y plañan responsos en mis fuegos fátuos!

¡Que esos ecos suenen cuando los horarios
marquen, de las doce, los doce golpazos!...
¡Que no quede nada de mi alado barro,
ni dientes, ni tibias, ni caja, ni mármol!...

¡Que todo se vaya por el firmamento!
¡Que todo se aleje volando, volando!...
Para que no quede de mi sepultura,
ni el último soplo del último átomo;
y que la carisma de mi pensamiento
grave los diseños de mi cenotafio.

LA BALADA DEL BOSQUE

I

¡Ayl, lloró la selva;
¡Ayl, gemían los prados.
Lágrimas del sauce
llevaba el barranco.

Quejidos de encina,
suspiros de álamo,
gemidos del cedro
en los altozanos;
gritos de araucaria
repetían los tajos;
clemencia a sus sombras
pedían los castaños;
los pinos sus copas
movían asustados,
y los recios olmos
temblaban de espanto:
y despavoridos, volando, volando,
perdón, a los cielos,
«piaban» los pájaros.

II

Por las sendas llevaban los hombres
andar cansinado:
aquí se detienen, más allá aceleran
sus seguros pasos;
y sobre sus hombros descansa el verdugo
del vetusto árbol.
¡Brillan los cortantes filos de la muerte,
como brilla el verde monstruo dragoniano!

¡Ayl, lloró la selva;
¡Ayl, gemían los prados.
Lágrimas del sauce
llevaba el barranco.

III

¡Trozos rezumantes,
cuerpos destrozados,
miembros esparcidos
del mirto aserrado...!
¡Águilas atiendo,
tórtolas clamando,
cuervos sobre el circo
se ciernen graznando!

¡Numancia en el bosque!
¡Sagunto en la Selva!
¡Héroes sucumbiendo
por Florá y por Gemal

¡Triste está la fronda!
¡tristes los senderos!
¡Negro y despeinado
aparece el trébol!
¡Ni las nubes llueven,
ni las fuentes manan,
ni canta la alondra
oculta en las ramas!

¡Ni la perdiz cela;
ni el cordero trisca;
ni las hojas que besaba el céfiro
ya nos abanicán!

¿Qué pasó en la tupida montaña?
¿Qué pasó en el frondoso sendero?
¿¡Qué pasó! ¿¡Qué pasó la langosta
dantesca de los carboneros!

La galas del bosque las hicieron trizas,
y después, sin conciencia, en la hoguera,
cruelles carbonizan,
sin cesar en su empeño anhelante

de hacerlas cenizas.

¡Ahora ya me explico
el refrán constante
de que en un pedazo
de carbón, a veces,
se encuentren diamantes!

Al autor de esta Antología

Engendrada fué en Lacio su elocuencia;
su archivo cerebral es laurentino;
el corte de su frente es bizantino,
y el arte de su estilo es de Florencia.

Penetra en las entrañas de la ciencia;
arranca vibración al pergamino;
extrae a lo misterioso lo divino,
y a lo oscuro da luz su inteligencia.

Y no siente ese orgullo soberano
que tanto en la grandeza predomina,
ni el imperio del gesto que se inclina

al eterno vivir en lo mundano:
la causa poderosa es la divina
y mística razón de ser cristiano.

ÍNDICE DE POETAS

	<u>PÁGINAS</u>
Alvarez Robles (D. Mariano)	27
• AQUINO CABRERA (D. FRANCISCO).	123
Burgos Tamarit (D. José de).	117
DURBAN OROZCO (D. JOSE).	137
Estrella Gutiérrez (Don Fermín).	177
Fernández Alvarez (D. José Luis)	147
Fernández Doris (D. José).	211
García Guisado (D. Juan de Mata).	33
Gázquez Zapata (D. Alfonso)	151
Gutiérrez de Tovar Martínez (D. Juan)	59
Huertos Rull (D. Luis G.)	197
Iribarne Iribarne (D. Francisco).	55
Jiménez Aquino (D. Miguel)	93
Jiménez Lamar (D. Gabriel)	173
LANGLE MOYA (D. PLACIDO)	87
• LEDESMA HERNANDEZ (D. ANTONIO).	75
LIROLA ARQUEROS (D. BALTASAR)	13
Márquez Soler (D. Miguel).	207
Martín del Rey (D. Bernardo).	215
MARTINEZ A. DE SOTOMAYOR (D. JOSE).	185
Millé Giménez (D. Juan).	203
Molina Valero (D. Miguel).	65
Palanques y Ayén (D. Fernando)	97
• Peralta Valdivia (D. Joaquín).	105
RADA Y DELGADO (D. JUAN DE DIOS)	39
• Rueda López (D. Francisco)	49
Salvador Ramón (D. Federico)	113
SIERRA VALENZUELA (D. ENRIQUE DE)	69
• VILLAESPESA MARTIN (D. FRANCISCO)	161